



No me preguntes cómo pasa el tiempo
Ruta literaria de la Generación del Bicentenario

COORDINACIÓN GENERAL:

Gabriela Astorga
Iván Cruz
Alina Hernández
Benjamín Morales
Kin Navarro
Jocelyn Pantoja
Alberto Trejo

APOYO LOGÍSTICO:

Ulises Granados
Alfonso Montoya
Renata Olmedo
Svetlana Pribiloska

RELACIONES PÚBLICAS:
Alejandro Sandoval

TALLERISTAS:

César Cortés
Nicole Delgado
Tanya de Fonz
Marco Fonz
Mariana Gándara
Leopoldo Lezama

INVESTIGACIÓN HISTÓRICA E ICONOGRÁFICA

Paulina des Champs Ramírez
Mara Huerta Chávez
Esteban King Álvarez
Citlalli López Maldonado

MUSEOGRAFÍA Y ARTES PLÁSTICAS:

Carlos Vieyra

CARTEL:

Santiago Robles Bonfil

COLECCIÓN:

Generación Literaria del Bi-100:

COORDINACIÓN EDITORIAL:

Jocelyn Pantoja

ASISTENTE EDITORIAL:

Jorge Rubio

COMPILACIONES:

Edgar Omar Avilés (narrativa);
Iván Cruz y Benjamín E Morales (poesía);
Luis Téllez-Tejeda (crónica);
Noé Morales (teatro)
Jorge Rubio, Jocelyn Pantoja
y Jaime Woolrich (edición).

DISEÑO GRÁFICO EDITORIAL:

Hernán García Crespo

FORMACIÓN EDITORIAL:

María José Fariás Barba

DONACIÓN DE FOTOGRAFÍAS

Jefté Argüello
Mariana Barreiro
Emilio Belin
Juan Leduc
Alejandro Meléndez



Absurda es la materia.
Crónicas del caos ciudadano

Compilación y selección: Luis Téllez-Tejeda

Absurda es la materia. Crónicas del caos citadino
Generación Literaria del Bi-100. Ciudad de México 1970-1990
COMPILACIÓN Y SELECCIÓN: Luis Tellez-Tejeda

AUTORES: ©Rodrigo Martínez, Karen Chacek, Aurelio Meza,
Victor Cabrera, Pavel Granados, Julio César Toledo, Diego Ramón Carazo,
Leopoldo Lezama, Conrroda Zepeda.
Primera edición en México
Agosto 2008

EDICIÓN: Asociación de Escritores de México A.C.
Calle 24 esq. Cerrada La Pirámide sin número,
Col. San Pedro de los Pinos,
CP. 03800, Benito Juárez, México, D.F.
Tel. (55) 33 30 06 69, www.asociaciondeescritores.org

COORDINACIÓN EDITORIAL: Jocelyn Pantoja
ASISTENTE EDITORIAL: Jorge Rubio
CORRECCIÓN: María Benítez
DISEÑO GRÁFICO EDITORIAL: Hernán García Crespo
FORMACIÓN: María José Farías Barba
FOTOGRAFÍA Y PORTADA: Alejandro Meléndez Ortíz

ISBN: 978-607-491-003-2
Todos los derechos reservados
Los derechos de reproducción de las imágenes de este libro se sujetan al
artículo 48 de la ley federal de derecho de autor en México
Impreso en México

GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL
Lic. Marcelo Ebrad Casaubon
JEFE DE GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL
Dr. Enrique Márquez.
DIRECTOR DE LA COMISIÓN DE LAS CELEBRACIONES DEL BICENTENARIO DE LA
INDEPENDENCIA Y DEL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN EN LA CIUDAD DE MÉXICO.

ASOCIACIÓN DE ESCRITORES DE MÉXICO A.C.
Alberto Trejo Mendoza
PRESIDENTE
Berenice Granados
VICEPRESIDENTE
Fernando Corona
SECRETARIO GENERAL

Absurda es la materia.
Crónicas del caos ciudadano

Compilación y selección: Luis Téllez-Tejeda





Absurda es la materia. Crónicas del caos citadino




Los testimonios literarios sobre la ciudad de México son vastos, según cómo se mire el tema, la tradición puede comenzar con un códice que narra la travesía que los aztecas –devenidos en mexicas– realizaron desde el Lugar de las Siete Cuevas hasta llegar al lago de Texcoco en el siglo XIII, donde encontraron la imagen que ahora es el escudo nacional y que indicaba que allí debían fundar su ciudad, misma que hoy es uno de los sitios más

poblados del orbe y cuya historia constante la hace una de las urbes actuales más antiguas, equiparable a Roma o Jerusalén.

La tira de la peregrinación, como se le ha llamado a dicho códice, cuenta en pictogramas nahuas la fundación de lo que fue la gran México- Tenochtitlán, que asombró a los españoles comandados por Hernán Cortés, quienes la conquistaron, destruyeron y volvieron a trazar en el siglo XVI. Estos hechos que terminaron con gran parte de las culturas originarias de México y que, querámoslo o no, marcaron el inicio de una nueva cultura, fueron narrados en diarios, cartas de relación, bitácoras de viaje y otros documentos a los que el tiempo les ha añadido valor literario.


Así, los tlacuilos que dibujaron –escribieron aquel códice, Bernal Díaz del Castillo, el propio Cortés, Fray Bernardino de Sahagún, Sigüenza y Góngora, Rafael Landívar, Francisco Cervantes de Salazar, los informantes de los anales de Tlatelolco y tantos otros comenzaron una tradición que siglos más tarde continúa viva y escribiendo– que no coleando.

México, su traza, sus mercados, sus sonidos, su cielo –otrrora el más transparente–, su paisaje, sus comerciantes, sus calles, sus edificios, sus niños, sus ríos –cuando los había–, sus colores, sus autos, sus parques, sus putas, sus avenidas, su vida, toda la ciudad




ha sido la protagonista central de la crónica desde su fundación. La literatura le debe a la metrópoli una buena cantidad de obras, que no empiezan, como muchos afirman, con la divertida novela de Carlos Fuentes. Ya antes propios y extraños le dieron voz, forma y sentido, desde la literatura, aunque fuera desde el desdeñado género cronístico.

También, el barón von Humboldt, Brantz Mayer, Manuel Gutiérrez Nájera, Luis González Obregón, José María Marroquí, entre otros, dejaron testimonios de lo que fue y, en algunos casos, sigue siendo la ciudad de México en sendas crónicas que versaban sobre todos los temas posibles en el sitio en donde casi todo es posible.



Con el siglo XX, la ciudad intentó modernizarse y de ello dan cuenta quienes la construyeron literariamente: Salvador Novo, Jorge Ibarngüengoitia, Fuentes –hemos dicho–, Armando Ramírez, Carlos Monsivais, José Emilio Pacheco, Rodrigo González y Salvador Flores.



Todos ellos han dado voz a distintos protagonistas de la vida citadina, a distintos rumbos, desde distintos tonos, porque así es México; uno puede comenzar a transitar por una avenida llena de casas lujosas, embajadas y guaruras y terminar rezándole a la Virgen de Guadalupe en su Basílica sin desviarse de la misma avenida.

Diversas, también, son las formas en las que se escribe la ciudad: de novelas a corridos, todo deviene en literatura, que construye las imágenes y los recuerdos que serán la ciudad para siempre.

En *Absurda es la materia* recogemos nueve crónicas que enmarcan a la ciudad de México en la mirada de escritores que nacieron durante las últimas tres décadas del siglo pasado y que viven la actualidad de la urbe desde sus particularidades. También, desde sus muy personales visiones narran y describen lo que algunos lugares significan para ellos, y descubren a los lectores que en la intimidad, muchas veces, se encuentra la universalidad.

Después de los sismos de 1985, la ciudad se vio obligada a cambiar de rostro; la sobrepoblación y la pobreza de la mayoría de sus habitantes hacen caótico cada instante de la vida en ella. De esto nos dan cuenta los autores que integran este volumen, ya sea describiendo algún acontecimiento específico, recordando el caminar por alguna zona o revisando, desde el desparpajo, las ideas que sobre la urbe tienen.

Por cierto, a pesar de la limitación a la que los pliegos y las extensiones obligan, hemos querido dar un panorama amplio y variado de quienes, de alguna manera, viven la ciudad, por ello se incluyen textos

de escritores nacidos en la ciudad, avecindados en ella –chilangos, pues– y de quienes, aún no radicando en ella, conservan recuerdos y experiencias vitales que se relacionan con ésta.

El título que nombra este libro ha sido tomado del primer verso de *Ruinas de México*, el gran canto que José Emilio Pacheco hizo para la urbe rota, este pequeño homenaje a quien, con *Las batallas en el desierto*, ha iniciado en el amor odio por la ciudad en nuestras generaciones, lo continúan en sus páginas algunos de los cronistas que se reúnen en este libro.

Cuando era pequeño, para llegar a la primaria tenía que cruzar el límite entre el Estado de México y el Distrito Federal, justo en los rumbos del desaparecido Toreo de Cuatro Caminos, diario leía el letrero que anunciaba el cambio de demarcación “Bienvenidos a la Ciudad de México”, *Absurda es la materia* es de algún modo una extensión de aquel letrero, es la constancia de un momento de la ciudad, el arribo de una generación al espacio que ha de conservarse en la literatura, para siempre.

Bienvenidos sean.

Luis Téllez-Tejeda

Tacuba. Julio, 2009.





Los sucesos

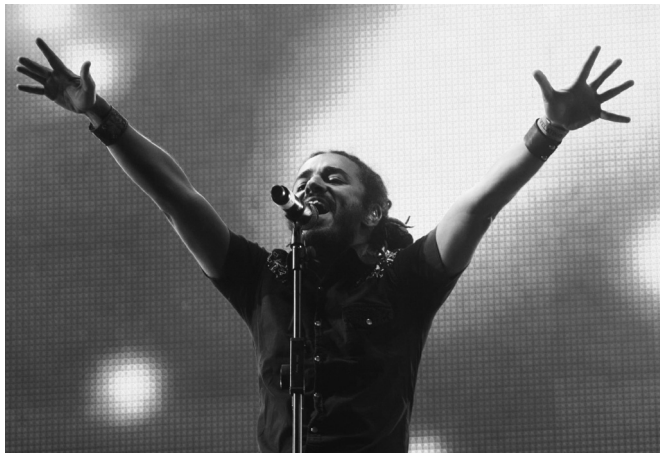




El caos y el sonidero: Café Tacuba en el Zócalo

Rodrigo Martínez

Para Irma, con esperanza



Como un batallón marchando hacia el centro de una ciudad sitiada, agrupados en contingentes de hasta quince personas, formando una espiral humana al ocupar todas las vías que conducen al Zócalo, cientos de jóvenes batallaban por un lugar cercano al templete que el gobierno capitalino había

dispuesto. Era necesario llegar temprano porque *Café Tacuba*, como parte del festejo por sus dieciséis años, daría un concierto gratuito justo frente a la Catedral Metropolitana. Desde el alba, cuando apenas la radiación solar coronaba los inmuebles de otros siglos, varios muchachos se parapetaron al filo de la valla principal. La jornada de los primeros asistentes que llegaron al sitio sumaría hasta catorce horas desde su arribo, hasta el final del espectáculo. Otros habían estado desde del día anterior.

El anecdotario comenzó una hora antes de la última llamada. Las calles inmediatas fueron ocupadas por peregrinaciones multitudinarias, como si se tratase de una marcha de carácter revolucionario, donde la mayoría era adolescente. Desde la marea humana brotaba un ciclón de cigarrillos, un rumor grave de voces y una celebración sonora que, ya para entonces, entonaba “pa-pa-ru-pa-pa-eu-e-o” como si se tratara del código de una pequeña civilización y no de un éxito musical titulado “El baile y el salón”. A las siete, tras una jornada con temperaturas históricas, los restos del festín solar yacían sobre las baldosas. Había botellas de plástico y vidrio, con cualquier contenido, incluido el reconocible olor de la cerveza y el confuso matiz de la orina; botellas vómito, saliva cristalizada y con el particular aroma de las sustancias inhaladas por adictos; bolsas de plástico con residuos color

miel y café; basura de productos chatarra y residuos de alimento yacían bajo los pies de más de 50 mil personas.

En aquellos minutos los organizadores preparaban una tonelada de equipo electrónico y soportes metálicos. Vino la primera llamada. Amontonados como roedores, pujando por el esfuerzo, los aficionados se arremolinaron. Entre el público se formaron serpientes de cuerpos que horadaban la espesura con embates arriesgados. El propósito siempre era estar más cerca del escenario. Allí cayeron los primeros heridos. La fuerza de las embestidas provocaba ondulaciones violentas que muchos no soportaron. Entre sudores multiplicados, como si hubiera vapor bajo la tierra, un trío de muchachos salió de la multitud cargando a una joven inconsciente. Tenía los ojos completamente cerrados, pero su boca parecía un organismo autónomo reclamando oxígeno. Era delgada, tenía las articulaciones igual que ramas de árbol seco y su cabello extenso rodeaba su cara de tal modo que ocultaba los trazos afilados de la barbilla. Ése, probablemente, fue el primer desmayo de la noche.

En la víspera del concierto, el gobierno capitalino sólo había situado cuatro camiones de la policía preventiva sobre la calle 20 de noviembre, tres ambulancias en Madero y unas diez patrullas en otras bocacalles. En la

explanada, y dentro de un área reducida donde no estaría la audiencia, sólo había camarógrafos. El Zócalo tenía cuatro secciones de vallas. Antes de las cinco de la tarde, la zona principal, que quedaba a unos diez metros del escenario, ya estaba ocupada en su totalidad. No cabía nadie y los empujones eran tan intensos que los más débiles no podían salir por el agotamiento. En el hotel Majestic, acodados en los barandales o de pie en los balcones, aguardaban los aficionados que habían pagado entre mil y mil 500 pesos, un monto superior al costo del boleto de primera fila en el concierto de paga más reciente de los “tacubos”. Abajo, entre la multitud, los comerciantes expendían un pasamontañas que tenía un guante rojo por cresta y que aludía al atuendo del vocalista, que alguna vez se hizo llamar Gallo Gas, en el video de la canción “Déjate caer”. Reinaba entre la multitud este icono de la industria musical mexicana en una modalidad genuinamente contemporánea a pesar de que se trataba, como afirmaría el periodista Víctor Roura, de una de las agrupaciones, junto a *La Barranca* y *Real de Catorce*, que no se había interesado en “las caretas y las simulaciones de la fama”. En todos los rincones, incluso en las cabezas todavía trémulas de bebés, había personajes que emulaban la danza elemental de su ídolo con todo y máscara.

Ocho de la noche. *Café Tacuba* salió al escenario. Hubo apretujones y tropiezos. Gemidos cuyo eco fue negado por el estruendo del coro gigantesco de la

explanada; resonancias ahogadas en el caos y el *sonidero*. El sudor aumentó en cada cuerpo con todo y que imperaba la sombra, y acaso un viento que, frente a la masa humana, parecía vulnerable. Los espontáneos de cada concierto masivo, enfundados en el atuendo de la antigua moda *punk*, y subordinados a las normas anárquicas que también habían manifestado en el espectáculo gratuito de Carlos Santana y en el colectivo titulado *Surf y Arena*, aparecieron por la retaguardia derribando e hiriendo a los ingenuos madrugadores sólo para fumar marihuana y bailar *slam* lo más cerca posible del templete. En la explanada las vallas rechinaban contra el suelo por la presión que se ejercía sobre ellas. El bramido metálico de aquellos dispositivos hacía pensar que tenían vida propia.

Era posible, entre tanto desorden, ver cámaras digitales, mecanismos de cartón que hacían el papel de un catalejo para quienes no veían a los creadores de la casi nunca escuchada “Trópico de cáncer” por la distancia o la estatura. Brotó el tufó de la “mona” y cayó cerveza como lluvia. Allá, en el templete, sonó una balada, la segunda del disco *Cuatro Caminos* (2003), titulada “Cero y uno”; allá, donde el escenario, entre luminarias neón, Rubén Albarrán, el vocalista—antes autonombrado Juan, Cosme, Élfego Buendía, Rita Cantalagua y ahora Sizu Yantra—, contorsionaba el cuerpo como una serpentina impulsada por aire tal y como lo hacen en muchas otras agrupaciones

populares. Emmanuel del *Real* y los hermanos José y Enrique Rangel mostraban concentración en sus instrumentos y evidenciaban una comunicación corporal ajena para el público, pero profunda y verídica para ellos. Se materializaba la idea de esta *rola* donde, para llegar a los oídos, a algún lugar en sí, era preciso cantar, mover el aire y crear sonido nada más por gusto. Había que viajar y perder el alma.

Mientras retumbaba aquella mezcla de subgéneros del *rock*, música regional mexicana y sonidos electrónicos —fórmula con la que esta banda dio en el disco *Re* (1994) su mejor material—, el Zócalo ya albergaba unos 160 mil espectadores. Fue el momento del primer platillo fuerte. A partir de “Eo”, con su matiz de *sonidero* de barrio en noche de fiesta tradicional y juerga, y su delirio de chamacas, *chamaqueros* y agarrones, hubo un movimiento telúrico en la explanada cada quince minutos. El concreto del suelo, hundido desde hace ya varias décadas, vibraba indefenso y el público sentía como si estuviera navegando en un barco. La escala de los sismos fue “La chica banda”, “La ingrata”, “Las flores”, “El borrego”, pero, sobre todo, “Pachuco”, clásico de otra agrupación querida por la banda, llamada *Maldita Vecindad*, en cuya ejecución participaron dos de sus integrantes más notables: Sax y Roco. En comunión con el sonido simultáneo de los saxofones alto y tenor del fraseo más conocido de “los hijos del quinto patio”, toda la pólvora de *Café Tacuba*,

integrada por rolas que navegan entre el *punk*, el *garage*, el *ska* y los ritmos de la Huasteca, fue detonada en esos minutos quizás para agotar la fuerza corporal de los miles de aventurados asistentes de la que ya presumía ser una legendaria *tocada* conmemorativa. Un acto de la colectividad donde, antes que la música, regía el *desmadre*, ese lenguaje que congrega extrañamente, pero con una sinceridad acrílica y desbordada, a las juventudes de las generaciones más recientes.

Entre cada *rola* había una tregua donde el líder del grupo se comunicaba con la gente. “¡Cállate y canta, pendejo!”, dijo un muchacho polvoriento y sudoroso entre la multitud. Entretanto, un incidente ocurría en la calle de Madero. Un grupo de fanáticos que se hallaba lejos del núcleo quería mirar por lo menos la pantalla gigante. Muchos se arremolinaron; otros construyeron pirámides humanas y los menos se dispusieron detrás de aquéllos. Por la fuerza de su ímpetu derribaron una valla sobre la que se habían sentado varias mujeres. Todos cayeron. Durante varios minutos soportaron el peso de barrotes y cuerpos. Hubo desmayos, brotes de inquietud y arrebatos. Ocurrieron agravios y desagravios. Hechos dignos de las comedias. Ningún muerto, eso sí, ni heridos a la espera de una hospitalización necesaria. Sólo personas asustadas que acaso pensaron que por haberse metido —cuarenta nembutales— únicamente habían conseguido un *pinche viaje*.


Otra función fueron las peleas. Ya por el empujón, *el camaronazo*, la nalgada o la disputa por la *blanca*. Varios resolvieron el entuerto con puños y empellones muy mexicanos; de esos que sólo llegan a consumarse como actos de habla: “Órale, cabrón, aquí nos damos” o “Vete a chingar a tu madre, hijo de...”. Tampoco hizo falta el “chingada madre”, el “¿qué pedo, güey?” ni mucho menos el “Pinche, Juan, no te hagas el *punk*”. A veces se formaban huecos entre el público, igual que esos remolinos en el mar, porque grupos de sujetos narcotizados bailaban azotándose contra sus iguales y formaban una reclusión de fronteras transparentes, pero definitivas. Varias muchachas ofrecían besos a cualquier postor. Nomás se encontraban con una trompa de pescado dispuesta y le plantaban los labios con todo y lengua. Alguna de ellas, aun en pleno delirio por la marihuana ya digerida, se escabullía de los oportunistas y de la noche misma para negar a otros sus “pelos pintados” y su “piel morena chichimeca”. También había bebés entre brazos, adultos con medio o más de medio siglo encima; niños y adolescentes; trabajadores en traje de oficina y exhibicionistas en traje de baño o en puro calzón; fresas y rudos; todos, tentándose unos a otros, inhalando traspiraciones, tragando tierra y grasa, saboreando una sal desconocida y otros nuevos sabores, obedecían un mismo código de idolatría hacia un grupo musical que, por el ruido, la distancia y el violento oleaje de los cuerpos,

a veces ni siquiera escuchaban. Seguía consumándose la teoría del *desmadre* o esa idea tan *chilanga* de una rola de esta banda: “me voy en la pinta, me voy de pinta y me voy a pintar”.

Cumplidas dos horas se enunció una noticia: la asistencia al concierto había ascendido a la categoría de récord. Poco más de 170 mil personas dieron voces y anécdotas a ese desmán que anhelaba ser celebración; a ese caos donde la perfección del desorden era el orden más perfecto; donde había que girar y dar vueltas y seguir girando como lo hacía “El ciclón” propiciado por este grupo. Era de tal magnitud la audiencia de esa noche, que no hubiera hallado espacio suficiente en la gradería de un estadio como el Azteca. Aquella devoción, inesperada para los organizadores en vista de que los camiones de la policía eran sobrepasados, sólo fue superada por los seguidores del recién fallecido líder de la Iglesia Católica, Juan Pablo II. Era tanta la muchedumbre que se tornó incontenible. Hubo consecuencias: automóviles particulares con el toldo repleto de abolladuras; los espejos quebrados o la pintura convertida en el lienzo de trabajo de un artista del vandalismo; el concreto del zócalo debilitado y tembloroso; pintas en las reliquias arquitectónicas y en los comercios; los postes de luz, apenas renovados por el gobierno local, devinieron el juego del “palo encebado” o la tribuna de algún especta-

dor enloquecido; más de dos quioscos de periódicos arruinados; varias baldosas quebradas por la fricción de los tornillos que no soportaron el peso y al menos una instalación eléctrica derruida por el fervor de una mujer que, de haber cogido la línea principal, hubiera provocado una tragedia mayúscula; de esas que tanto gustan al público que censura la indecencia juvenil y a los empresarios de los periódicos de nota roja. Basura y olores; ruido, zarandeo y tráfico para los residentes de la colonia Centro y muchos casos de abuso sexual, —que no de violación—, y robo o asalto.

Tras el fin de “Como te extraño”, composición precisa para adormecer la energía de la multitud sin desafiar su entusiasmo, todavía no se decretaba el saldo blanco que repetirían los informativos de la noche: una atención por quemaduras de primer grado; varias casos de traumatismo; aplicación de primeros auxilios a unos 100 individuos por desmayos ocurridos entre la multitud; incluso, por qué no, expedientes de pánico emocional. Pasadas tres horas, y luego del caos en la avenida Izazaga, ingresaron varios camiones de carga por la calle 20 de Noviembre para retirar el equipo de sonido. La gente recordaba la última frase de su ídolo ya agotado: “váyanse a sus casitas con cuidado”. Seguramente, alguno de los organizadores trataba de responder, en la intimidad de su conciencia, a la



pregunta que ningún reportero hizo: ¿La administración capitalina estaba preparada para los riegos que implicaba recibir a casi 200 mil personas?

Cuatro de junio, 2005. Seis treinta de la tarde: en una radiodifusora del grupo Monitor, un locutor advierte que las autoridades esperan una asistencia de unas 120 mil personas durante el concierto gratuito que tendrá lugar en el Zócalo.



La destrucción de un traje

Karen Chacek



Quienes lo conocen de antes dicen que quedó medio loco. En un día de enero de 2005, Horacio Cadzco tomó una ducha, se rasuró, peinó, perfumó y se vistió de gala con un exquisito traje beige de tres piezas, hecho a la medida en Río Bravo, Casimires Ingleses, ubicado en Isabel la Católica, número 36-B, colonia Centro Histórico. Salió a la calle y sorprendió a conocidos y extraños con su elegancia; desde los locales de comida le gritaban “Pase, joven, bienvenido”, al subir al pesero le daban las buenas

tardes, en la escuela sus compañeros de aula le preguntaban “¿Qué pasó; dónde fue la fiesta?”. Lo que muy pocos sabían era que Horacio no se quitaría ese traje en el transcurso de un año —en eso consistía su proyecto de tesis de carrera en La Esmeralda.

Tuvimos nuestra primera conversación la noche de un lunes, durante la inauguración de su exposición *La Destrucción de un traje* en el *Salón Malafama* de la colonia Condesa, antes *Billares Américo* y seis décadas atrás, *Billares Michoacán*. En 2004, un grupo de inversionistas sustituyó su casi legendario mobiliario de quinta, por doce mesas profesionales de billar que se rentan a ochenta pesos la hora y una vistosa barra de bebidas que a diario atrae facciones de la fauna nocturna de la zona.

Ese lunes, la granizada de las ocho de la noche sólo aportó caché a la fachada del lugar, que lucía abarrotado al punto de intimidar a cualquier turista accidental. Entré con la actitud de quien cuenta con una reservación. Una serie de fotografías en gran formato, testimonio visual de “la destrucción de un traje”, vestía las paredes del salón y vibraba al ritmo de la caída de bolas en las buchacas, del baile de hielos en los cócteles, del roce de los envases vacíos de cerveza que se acumulaban sobre la barra. Horacio se paseaba por el lugar como el invitado llegado de otro mundo, saludaba a desconocidos, firmaba postales y respon-

día, vez tras vez, las mismas preguntas: “Sí, fue un año completo”; “Nunca me enfermé”; “El primer baño se sintió increíble –deberías probar la experiencia–”; “Sí, sólo hay cerveza y vino de cortesía”; “Me gané dos mil dólares con Don Francisco”.

Ahora bañado y acicalado, Horacio corría casi con la misma suerte del Edificio *San Martín*, en Avenida México 167, que luego de años en ruinas, ahora remodelado presume de cobrar una de las rentas más elevadas en la zona. Me prometió una entrevista para el día miércoles, me pidió que le llamara para recordar a las diez de la mañana. Antes de despedirnos, me preguntó de nuevo mi nombre.

Dicho y hecho, nos volvimos a encontrar en el *Salón Malafama*, pero esta vez a la luz del día. Llegué a la cita minutos antes, para ver con detenimiento la serie de retratos, evidencia de la transformación de un hombre “exitoso” en un “paria”. Cinco preparatorianos prófugos de la justicia escolar y siete oficinistas de camisa arremangada ocupaban tres de las doce mesas de billar, me miraban entre tiro y tiro con tanto extrañamiento, que por un momento sospeché ser una rana. Y entonces: *croac*, Horacio entró por la puerta.

El proyecto partía de un enunciado sencillo: vestir el traje durante un año y encarnar una metáfora de la catástrofe de la civilización: el traje como el cliché

más grande del hombre civilizado –disfraz de camuflaje para obtener credibilidad, pertenencia y respeto en el entorno social. Su paulatino deterioro; sinónimo de la pérdida de “civilidad”. En ese momento nos interrumpió la mesera, dudosa de dónde dejar nuestras bebidas– en el piso está bien. Nos habíamos mudado del salón principal, al primer piso, y de ahí al tapanco del segundo piso que sirve de bodega para las sillas rotas, pero tiene una terraza desperdiciada espectacular. “La civilización se estructura a partir de reglas. Se necesita de una pantalla para poder funcionar y acceder a ese círculo social al que casi todos aspiramos: el progreso, el orden, el éxito, el reconocimiento, el ser lógico, prudente, correcto. Al principio, el traje sólo era eso: una pantalla”. Al principio.

Durante un año, la habitación número 204 del Hotel Señorial, ubicado en el callejón de La Esperanza s/n, a un costado de la plaza Vizcaínas, en el Centro Histórico, fue testigo de cómo Horacio no se bañó, ni se rasuró, ni se cortó las uñas o el cabello; se disfrazó una mañana de hombre respetable y otra mañana despertó como un andrajo. “Lo que miras nunca es exactamente lo que crees”.

“El traje era bonito, eso cambia la manera en que te trata la gente. Pero empezaron a pasar los días, y el traje se veía usado, algunas manchas por ahí,

yo con barba, me fui convirtiendo en un sospechoso en la calle”. La situación se salió de control --dicho pronto y claro: el personaje cobró vida propia, sin pedirle permiso a su creador. “Intenté hacer mi vida normal, pero poco a poco se volvió una cuestión de armarme de valor para poder ir a la escuela, al supermercado, a la fonda, a la papelería”. El traje se iba desbaratando, dejando al descubierto pedazos de piel, de mugre, evidencia de secreciones y aromas corporales. “Algunos amigos me decían: sabes qué, discúlpame, pero no nos vemos hasta que te quites el traje”.

Esther, su novia de entonces, era una estudiante de intercambio, originaria de Lyon, Francia. Se habían liado, apenas unas semanas después de comenzado el proyecto. “Para la gente era curioso vernos juntos. Una vez tomamos un taxi (habrá sido en abril o mayo), el taxista me preguntó si acaso yo usaba algún amuleto, algún chupamirto. Le dije que para nada. Me contestó: No se vaya a ofender, pero es que su novia está bien bonita y la mera verdad es que usted está para la basura”.

En junio terminó el semestre y ella regresó a Lyon. Acordaron que sería mejor que él continuase solo el proyecto. Ella le dijo: “Estás más cerca de tu traje que de mí”.

Sentados en un par de sillas rotas, pero bastante cómodas, Horacio me relata cómo todo empeoró al comenzar la temporada de lluvias; el traje amanecía húmedo y la camisa medio mojada. Se fue haciendo difícil vestirlo, con esas roturas que mostraban porciones de sus piernas y brazos ennegrecidos, cosa que lo ponía en el aprieto de decidir si sentir vergüenza de enseñarlos o no... “El olor era una cosa bárbara —en las reuniones mis amigos me decían: “sí quédate, pero no te quites el saco, ¡por favor!” Con las chicas había un *sex appeal* muy peculiar; tanta hormona concentrada, era algo erótico —el cuerpo se comunica a través de sus olores y sus fluidos. A menudo me preguntaban: *cómo puedes exhibirte tanto*”. Horacio da un trago al vaso con agua, es de los que te habla mirando a los ojos y parpadea poco, le gana la risa nerviosa cuando me cuenta que hubo tres o cuatro veces en el año, en que llegó al cuarto del hotel llorando preguntándose: “¿Qué estoy haciendo? ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Para quién?” —para entonces el disfraz, lejos de ocultarlo, comenzaba a mostrarlo: “el traje se convirtió en espejo, en un ejercicio de búsqueda de identidad; en el intento de dar respuesta a una única pregunta: ¿Quién soy?”

Horacio pasó a formar parte de la estadística: otro ciudadano más con crisis de identidad, habitante de una ciudad que se confecciona trajes a la medida, sexenio tras sexenio. “Creces con esta ilusión de tener una casa linda, con pisos y muebles bonitos, tragaluz, jar-

dinera, comedor. Ir a un evento y comprarte un traje para la ocasión, ser como los demás, un ser humano bien, una persona decente y aceptable”.

Bienvenido al club: otro chilango más moviéndose entre los límites de la realidad y de la ficción. Y en ocasiones, a punta de golpes: en la estación del metro Balderas, un par de extremistas lo acorralaron, se quejaban de que cualquiera en la ciudad se puede comprar unos zapatos con diez pesos: “Yo soy Nazi y mi valedor Comunista, eres una pinche vergüenza carnal, al chile, por qué no te quitas esa mierda, yo soy culero, la neta, ahorita te aviento a las vías”.

A mitad del año visitó a su familia en compañía de una fotógrafa —querían tomar un retrato de familia. “Por favor ...¿Qué estás haciendo?” le decía su padre. Se armó un zafarrancho. Esa fue la única vez que los vio en todo el año.

Para entonces, hasta los microbuses se negaban a recogerlo: “La neta pásale a otro”, “pero por qué carnal, hazme el paro, no más voy al metro”, “no carnal, la neta hueles bien culero, ya hasta me está doliendo la cabeza”.

Evitaba pensar en el último día del proyecto, porque la espera se podía tornar en algo horrible. Dejó de acudir a las clases. En una fotografía tomada en el mes de noviembre, Horacio posa recostado en una alberca

de residuos, en el interior de un camión recogedor de basura. La imagen, retrato de un ser viviente inmune a la fobia al contagio, a la picadura de insectos mutantes, a los secretos de familia y al olor a podrido, transmite una extraña paz.

El último día era algo esperado, sin embargo significaba también un paso triste: “Los momentos límite como el dolor, la náusea, el miedo, son los que te acercan a tener una experiencia vital. Si nos sentimos estas sensaciones corporales extremas, difícilmente nos damos cuenta de que nuestro cuerpo está ahí, de que estamos vivos. A esas alturas yo ya era una persona tan transparente, tan honesta. Con la destrucción del traje había aceptado la catástrofe personal, la destrucción de esa imagen que tenía la ilusión de ser”.

El acto que dio fin al proyecto fue una especie de rito funerario: en el baño, acompañado de sus mejores amigos, Horacio se quitó los harapos, se cortó las uñas, la barba, el cabello y entró en la regadera. Ese lunes que nos conocimos en el *Malafama*, me confió que las primeras veinte veces que vio el video del último día rompió en llanto.

“Cuando todo terminó me di cuenta de que me había acostumbrado a vivir en una realidad inmediata; mi percepción del mundo no pasaba de un metro y medio a partir de mi cuerpo. Vivía en un mundo tan

compacto. Cuando me bañé y salí a la calle, el espacio se me volvió infinito; el cielo, las nubes, las antenas, los edificios, todo se había expandido, súbitamente, el espacio se volvió inmenso”.


Salir y ser “cualquiera” otra vez fue fácil, lo difícil fue dejar a un lado la euforia. Horacio pasó cerca de un año alejado del arte, sin hacer más cosa que disfrutar del momento, recobrar la perspectiva y agradecer por estar vivo y bien... “Es importante que el arte sea un espejo de nosotros, algo humano”.

Concluida la entrevista, bajamos al salón y nos sentamos en la barra; le pedimos a la mujer a cargo de las bebidas que le pusiera play al DVD para ver una recopilación de videos. Me enteré de que a raíz de la aparición de Horacio en uno de los segmentos del programa sensacionalista *Primer Impacto*, Don Francisco lo invitó a su programa *Sábado Gigante Internacional* para ser parte de un concurso, en el que un panel tenía que adivinar el secreto que Horacio guardaba, el cual, por supuesto, tenía todo que ver con el proyecto de *La destrucción de un traje*. En esa ocasión, Horacio ganó dos mil dólares.

El grupo de oficinistas sentado a nuestras espaldas, combinaba bocados de chapatas de carnes frías con papas fritas y tragos de cerveza, no entendía ni pizca de por qué esas imágenes que mostraban a un va-

gabundo que se corta la barba, se quita los harapos y se mete a una regadera, ocupaban la pantalla de plasma del lugar. Horacio se excusó para ir a ver de cerca, sobrio y a la luz del día, las fotografías de gran formato expuestas en las paredes del salón. Abrí mi bolsa para guardar la grabadora, la libreta de notas, cuando levanté la vista, Horacio estaba de regreso con el tamaño de un niño de nueve años, me confesó temerle a las cucarachas y también a las miradas de los profesionistas que juegan billar y visten trajes de manera mecánica. Temía que lo reconocieran en los retratos: lo vieran con las ropas rasgadas, las uñas negras y lo juzgaran sin entender la lógica de ese acto “absurdo”, retratado en las fotografías que decoran el lugar.

Recorrimos juntos la exposición. Mi estómago palpitaba mortificado, se quejaba de que ni siquiera los actos poéticos consigan inmunizarnos contra el temor al rechazo. Las bolas numeradas esperaban impacientes su turno para entrar en las buchacas. Las miradas de los jugadores estaban posadas sobre nosotros. “¿Es él, güey?” “Sí, güey, es él”. Intimidados por momentos, seguimos adelante, fotografía tras fotografía, hasta llegar a la última, en blanco y negro, tomada el último día del proyecto; ahí un Horacio enorme y luminoso ríe con euforia, se fuma en un cigarrillo sus últimos



instantes de hombre-traje. Un baño caliente, versión moderna de la reencarnación, lo aguarda del otro lado de la puerta.

Puede que tengan razón los que lo llaman medio loco. Por definición, ello lo convierte en un medio cuerdo.



Hallazgo en la Pirámide. Una crónica literaria

Aurelio Meza



Comenzaré relatando el hallazgo del archivo de la AEMAC, para poder así reclamar el mote de “crónica literaria” que anuncia el subtítulo. Lo anterior se debe también a que tuve la fortuna de participar en dicho hallazgo, y para mí la historia empieza entonces, en más de un sentido. Parece un buen punto de partida para una empresa que nos llevará muchos años, lo digo en serio, comprender en su totalidad.

El tequio era una parte que no habíamos comprendido mis amigos y yo al momento de afiliarnos en la AEMAC. Supusimos que tenía que ver algo con itacate, tal vez; no lo sé. La cosa es que, el día del tequio, mientras desescombrábamos las instalaciones de la Asociación, en una oficina del Centro Cultural La Pirámide, encontramos muchísimas cosas que habían dejado anteriores asociados y residentes de otros colectivos: discos de poesía, libros de OVNI's junto con novelas de Thomas Pynchon, toda una colección de pósters promocionales de películas mexicanas de los 70's, en fin, incluso dentro de una de las bodegas había un *sleeping bag* y una caguama medio llena, que Daniel Malpica tiró por accidente. Nada nos preparaba para lo que venía: recuerdo bien que entre Beto Trejo y alguien más levantaron un cuadro reclinado sobre la pared y descubrieron una bodega que nadie, o por lo menos ninguno de los presentes, conocía. Inicialmente este hecho representaba una mala noticia, en tanto que teníamos que limpiar más de lo previsto, pero conforme fuimos sacando cajas con expedientes cuyos fólders tenían nombres como NAN-DINO ELÍAS O MONTES DE OCA MARCO ANTONIO, nuestro malestar se convirtió rápidamente en una gratísima sorpresa. Por mi parte, encontré el expediente de una poeta que (en ese momento así lo pensaba) que sólo yo leía y apreciaba, la argentina Elena Jordana. Hallar

su nombre junto con tantos otros que iban saliendo eufóricamente de las cajas fue para mi un momento de pequeña epifanía, como si descubriera los restos de un texto antiguo, perdido desde hace tiempo.

Siguiendo con las comparaciones, no podía dejar de sentirme (en semejante lugar como La Pirámide, con su arquitectura efectivamente piramidal) como el ayudante de un arqueólogo a punto de encontrar la tumba de un poderoso faraón egipcio, aunque desde luego en proporciones más literarias que históricas. Dichos expedientes parecían anunciar que, de una manera u otra, el pasado de la Asociación estaba vinculado al de grandes nombres de la literatura nacional. Sin embargo, también nos hacía preguntarnos algo que todavía a la fecha no me queda muy claro: ¿Por qué nadie antes había hablado (u oído hablar) de la AEMAC? Conforme supimos más datos gracias a los archivos en los meses siguientes, el silencio de algunos conocidos que sabíamos ex-asociados cargó la investigación de ansia y expectativa.

Poco después fui invitado por Jocelyn Pantoja al comité de investigación del archivo, coordinado por Fernando Corona. El verdadero trabajo comenzaba aquí; junto con Arturo Sodoma y Raquel Barragán Aroche, nos dedicamos a reorganizar todos los

documentos que encontramos, retirar los papeles enmohecidos, separar la parte administrativa de la literaria, etc. Terminamos con todavía más cajas de las que teníamos al principio, y aquellos que contaban la historia de la Asociación eran apenas unos cuantos. Pero también existe registro bibliográfico, hemerográfico y fotográfico, textos inéditos que bien podrían conformar una colección bien nutrida. Pero como el objetivo a cumplir a mediano plazo era completar una relatoría de la AEMAC (como Corona la llamó acertadamente), avocamos casi todos nuestros esfuerzos a los expedientes por autor. Barragán Aroche y yo los capturábamos en computadora y enviábamos regularmente nuestros avances a Corona, quien se dedicaba pacientemente a juntar las piezas del rompecabezas. Como él mismo anuncia en la *Memoria de la AEMAC*, su acercamiento fue panorámico, razón por la cual, gran cantidad de detalles que fueron omitidos que nos ayudarían a entender ciertos aspectos del funcionamiento de la Asociación. De hecho, la relatoría de Corona se basa en la correspondencia oficial que mantuvieron los diversos comités nacionales con sus asociados, así como con diversas instituciones culturales y gubernamentales. En la mayoría de los casos, esta correspondencia no nos comunica la historia real, sino sólo la administrativa, de una institución; salvo algunas excepciones, nos habla más de las aspiraciones de sus remitentes que de las reacciones de sus

destinatarios. Un ejemplo claro nos lo da una carta de 1965 sin firma enviada al entonces Secretario de Educación Pública, Agustín Yáñez, con respecto a los propósitos de la AEMAC:

Estimular y fomentar una conciencia de solidaridad entre sus miembros mediante un entendimiento intelectual por el reconocimiento de sus comunes responsabilidades y legítimos intereses, lo que hará factible la solución de los problemas con los que de rigor se encaran, ya en lo personal por sus propias producciones, ya por los de mayor entidad que les conceden dentro de la labor de difusión cultural en beneficio de la colectividad.¹

No sabemos cuál fue la respuesta de Agustín Yáñez. Más adelante menciona que “la Asociación auspiciará y exaltará los valores y las manifestaciones del espíritu creador o especulativo en cuanto sean propicios a la comunidad”². Esto va estrechamente ligado con las “comunes responsabilidades” anteriormente mencionadas, que me parecen un punto esencial en las aspiraciones de la Asociación: fungir como un órgano mediador entre el escritor y la sociedad para

¹ *Apud* Fernando Corona (coord.), *Memoria de la Asociación de Escritores de México, A.C.*, México: AEMAC, 2008, p. 74.

² *Idem.*

defender sus derechos, sin por ello desatender los acuerdos que con ambas partes (y también entre ellas) ha efectuado.

Uno de los puntos más sobresalientes de la investigación de Corona es su capacidad de entender el carácter práctico de la *Memoria* que nos entregó: “Lejos estamos de querer hacer historia con esta relatoría, lo único que tenemos es un asidero desde dónde agarrarnos”.³ Ahora deseo aventurarme un poco en este mar de datos que poseemos, soltarme un poco del asidero, para seguir explorando algunos de los recovecos de este archivo, y espero que con esto despierte el interés de más personas en su estudio.

Para mí, discutir la historia de la AEMAC siempre ha sido un asunto de actualidad. Primero porque, como podemos afirmar por la historia literaria del siglo pasado, la agrupación o colectivo ha tenido mayor peso que los movimientos literarios en sí, a tal grado que algunas de las corrientes más influyentes e innovadoras, como el surrealismo, se formaron no como producto de una afinidad estética generacional o más o menos masiva (como fue el caso del romanticismo), sino por conducto de un grupo reducido, selectivo con sus integrantes. La necesidad de agruparse va de la mano con el ostracismo, no como causa y efec-

³ *Ibid*, p. 147.

to sino como parte de su mecanismo de formación; así pues, entender este aspecto de nuestro pasado literario nos podría ayudar a enfrentar el constante sectarismo del cual somos víctimas prácticamente todos los intelectuales mexicanos, “islas de islas”, diría Lizalde. Asimismo, este asunto me parece de actualidad porque, nuevamente, un grupo de asociados ha considerado que vale la pena seguir adelante con este proyecto, y al recordarles la historia que lo acompaña irremediamente, tal vez contribuya a su consolidación.

Ya he dicho que los objetivos de la AEMAC eran, por una parte, la defensa y representación del creador literario; prácticamente desde sus inicios, la Asociación constituiría el germen de una sociedad autoral que se dedicaría a todo asunto concerniente con los derechos de autor, la cual se vería consolidada muchos años después en la SOGEM. El devenir de la AEMAC quedaría fuertemente marcado por este hecho y el desarrollo de ambas instituciones debe ser visto siempre en contraste, pues representan dos caras de una misma moneda. Durante la presentación de la *Memoria*, el expresidente de la AEMAC Alejandro Sandoval Ávila nos explicó algo que intuí en la lectura del libro: la SOGEM surge para canalizar las asociaciones de escritores, periodistas y locutores en la materia de derechos de autor. Eso explicaba la aparición de un formato de

la SOGEM dentro de los papeles de inscripción de la AEMAC, con el cual se cedían los poderes de representación legal y administrativa en lo concerniente a materia de autor.

¿Por qué debería interesarnos esto? Falta ver la deuda millonaria que Víctor Hugo Rascón Banda dejó en la SOGEM luego de su muerte; me aventuro a decir que la administración vitalicia, modo de gobierno que ha caracterizado a la SOGEM, es al mismo tiempo la causante de su éxito y de su posterior debacle. La estructura bienal de la AEMAC, que hasta 1990 se cambió a cuatro años, no permitía que los asociados detentaran el poder durante demasiado tiempo, lo que por otro lado iba en detrimento de las relaciones públicas; de hecho es muy notorio que, cuando llega un presidente sin muchos contactos, las actividades de la Asociación declinan considerablemente. Sea como fuere, son pocos los casos que encontré dentro de los archivos de la Asociación que nos permitan decir que hubo una defensa constante y creciente de los derechos de autor, cosa que más bien correspondería en adelante a la SOGEM. Recuerdo un caso en particular donde Enrique Jaramillo Levi recibió en 1978 ayuda de la AEMAC con respecto al incumplimiento de dos contratos de edición por parte de la Editorial Valle de México, dirigida por Mario Martínez López Bago, pero al parecer este tipo de ayuda fue más bien excep-

cional, pues Corona la registra dentro de su *Memoria*, pese a la naturaleza sumaria que la rige.⁴

Antes que la idea de la gestión de derechos de autor se volviera primordial, el objetivo de la Asociación era principalmente el de la difusión. Entre los puntos más interesantes en los *Estatutos de la AEMAC*, cabe resaltar el apoyo que ofrecen para la publicación, distribución y venta de los libros de sus asociados; la creación de una biblioteca que quedaría a cargo del Secretario de Asuntos Editoriales; la publicación de un boletín o revista para difundir las actividades y publicaciones de la Asociación. Todas estas ideas surgieron primero en la editorial de Bartolomé Costa-Amic, conocida afectuosamente como “La cueva de Costa-Amic”, quien en ese entonces fungía como Secretario de Asuntos Editoriales. Si bien no sabemos la fecha exacta en que Costa-Amic dejó de participar con la Asociación, veremos más adelante que este proyecto inicial se cumplirían todas, primero con el lanzamiento de la revista *La vida literaria*, la creación de la Biblioteca Edmundo Valadés, y posteriormente con los apoyos que dieran las administraciones de después de los 90’s a las editoriales y revistas independientes asociadas, dentro de lo que considero la segunda etapa de la AEMAC, marcada por su asentamiento en el Centro Cultural La Pirámide.

⁴ *Vid. Ibid*, p. 101.

Tendremos que aprender a distinguir los datos que nos proporcionan algunos expedientes; hay que mencionar que en la mayoría de los casos se encuentran incompletos, así que el rastreo se vuelve complicado. Por ejemplo, en el fólder de Eduardo Lizalde encontramos una solicitud de reinscripción fechada el 14 de junio de 1967, y en el de Leñero una solicitud de inscripción del 2 de mayo del mismo año. Esto podría ser suficiente motivo para concluir que, desde sus primeros años, la Asociación congregó a estos autores entre sus filas. Sin embargo, tenemos una carta de 1969 enviada por el entonces presidente Edmundo Valadés a Lizalde, lamentando su decisión de renunciar a la Asociación. En un caso similar, en el expediente de Vicente Leñero tenemos como documento más antiguo una circular de 1969 firmada por Wilberto Cantón, donde reclama la ausencia de Leñero y el incumplimiento de las funciones que le habían sido conferidas para dicho período, que terminaba ese mismo año. Cartas similares recibieron Carmen Andrade, Miguel Alemán Velasco y Salvador Elizondo. Sin embargo, también encontramos una solicitud de inscripción (que más bien sería de reinscripción) fechada en 1981, junto con la conocida carta de cesión a la SOGEM. También Lizalde reingresó a la Asociación, quizás con mayor participación que Leñero; hay una carta de cesión de poderes a la SOGEM con fecha 13 de septiembre

de 1977 firmada por Lizalde, y su nombre aparece en el comité nacional del período 1978-1980 como vicepresidente, junto con Renato Leduc, Gabriel Zaid y Jesús Silva Herzog, entre otros. Podemos inferir por estos dos casos que, para finales de los 70's y principios de los 80's, la fama de la Asociación atraía también a autores consolidados, pero también podríamos sospechar que antes de este período pudo haber una serie de inscripciones masivas, forzosas o sin el conocimiento de los asociados. En realidad, es difícil afirmar con certeza cualquiera de estas suposiciones, pues no tenemos mayores datos sobre el paso de dichos autores en la AEMAC, aunque queda bastante claro que el ausentismo ha jugado un papel primordial en su devenir. Me viene al recuerdo una carta manuscrita de Elías Nandino dirigida a Wilberto Cantón en 1971; en ella, que acompaña una carta formal de renuncia escueta y distante, Nandino pide comprensión a su amigo por renunciar al cargo de tesorero debido a que, por una parte, ya no se sentía “capaz de resistir trabajos extras”, y por otra a que había decaído su interés por la Asociación (una de esas “agrupaciones” que “no traen beneficio alguno”⁵).

⁵ Archivo de la AEMAC, exp. NANDINO ELÍAS, carta manuscrita del 25 de octubre de 1971, México, D.F., s/p.

¿Será entonces que los expedientes no cuentan la historia que al principio nos imaginábamos? Sin lugar a dudas, la gestión y promoción culturales han sido los dos pilares que han mantenido viva a esta institución. Siempre han existido proyectos editoriales que acompañan el crecimiento de la AEMAC, desde la revista *La vida literaria* hasta el trabajo de coedición con editoriales y revistas independientes como Literal, Verso Destierro, Síncopes, etc. En gran medida, el sueño de Costa-Amic se ha visto materializado en estos proyectos. Deseo rescatar un punto que me parece valiosísimo de las nuevas administraciones, incluido en el “Diálogo Público con el Jefe Delegacional en Benito Juárez”; este texto nació en el seno del conflicto entre la AEMAC y las autoridades delegacionales con respecto a la administración de La Pirámide. En él se afirma: “la decencia del proyecto radica en la ciudadanización de la gestión cultural y en la autonomía de los espacios, como una propuesta para que diversos procesos creativos puedan desarrollarse sin estar sujetos a los avatares de la burocracia”.⁶ Es por eso mismo que creo necesaria una revisión al *modus operandi* del comité, así como la estructura institucionalizante de la Asociación, que inevitablemente llevan a la división en escalafón típica de las instituciones de las que precisamente se considera antagonista. Es muy

⁶ *Apud Memoria de la AEMAC*, p. 139.

romántico pensar que esta estructura nos evoca a la ateneísta, y por eso mismo me parece sospechoso. La AEMAC surgió en una época en la que el sindicalismo vivía en México un momento de esplendor, y si bien nunca fue pensada como un sindicato, las funciones que ha desarrollando a lo largo de su historia muchas veces nos recuerdan dicha estructura. Incluso uno de los fines apuntados en los *Estatutos* es el de “pugnar para la formación de una colonia urbana destinada al escritor mexicano dentro de la Ciudad de México y tratar de conseguir beneficio análogo en los Estados de la República”.⁷

No hay que olvidar que Alejandro Sandoval Ávila, también durante esa presentación de la *Memoria* en Donceles 66, nos advertía que no confiáramos del auspicio del gobierno, ya que “puede ser traicionero”, y sugería que buscáramos en la iniciativa privada, como sucede en la mayor parte de Europa y Estados Unidos. Por eso me sorprendió un poco que, de cara a las elecciones de 2009, hubiera un intento de proponer a Sandoval como candidato a diputado del PRI.

Pero su consejo no cayó en saco roto; me parece que el paternalismo del estado mexicano ha minado también el desarrollo la identidad cultural nacio-

⁷ *Apud Ibid*, Cap. I, Art. 4º, i, p.58.

nal; un síntoma bastante claro de este daño radica precisamente en lo que Beto Trejo llama “un sentimiento, yo creo generacional, de orfandad [...] La sensación terrible de quien no puede pronunciar la lengua del padre”.⁸ Debemos más bien comenzar a preguntarnos porqué en México se requiere de un apoyo institucional para ser un autor reconocido (o ya siquiera conocido), y me parece que la Asociación es el mejor lugar para hacerlo, precisamente porque su consolidación como institución fue lo único que le faltó para convertirse en una SOGEM, lo cual permitió que en los 90’s girara su discurso ideológico hacia la resistencia cultural y la autogestión. Es turno de los actuales miembros del comité realizar no sólo un estudio histórico, sino proponer cambios profundos que consoliden los logros que se han ido cosechando a partir de la llegada de la Asociación a La Pirámide.

No lo había pensado hasta comencé a escribir esta crónica, pero me parece que el concepto con el que ligo constantemente a la AEMAC es el del caos. Primero el caos de la oficina desordenada, luego el caos de los datos en el archivo, y finalmente el caos de su historia en sí: llena de altibajos, jamás en línea recta. Incluso tiene sus leyendas negras, como la de un presidente que perdió el juicio (no necesariamente

⁸ *Ibid*, p. 8.

por ser presidente de la Asociación, se entiende) y que quemó una parte del archivo junto con su casa. De hecho, los episodios oscuros de la Asociación también nos cuentan mucho sobre su sinuoso camino, como el “recorte de asociados” por Marco Antonio Montes de Oca que denuncia Edmundo Domínguez Aragonés en una nota del *Sol de México*, o la polémica elección del comité nacional del período 1996-2000, aunque no los discutiré por falta del espacio necesario. Como dije al principio de mi crónica, nos tardaremos muchos años en comprender en su totalidad la historia de la Asociación.

Sobre todo me parece que este caos viene cargado de una gran dosis de expectativa; cada uno de los momentos memorables de la Asociación viene acompañado de una incertidumbre constante. No creo que sea nuestra misión rectificar el caos con una revisión documental y crítica, sino más bien que aprendamos a descubrir cuán cercanos están esos problemas a nuestra propia vida literaria y aprendamos a no cometer los errores previos que llevaron a que nos sigamos preguntando: ¿Por qué no se había hablado antes de la AEMAC?





La memoria






Un jueves soleado

Víctor Cabrera

A Mauricio, bróder



Todos los días, el niño que yo era caminaba las cinco cuadras que separaban la Escuela Secundaria Diurna N° 3 “Héroes de Chapultepec”, en la colonia Juárez, de su hogar, un modesto departamento alquilado, en la primera calle de Durango, entre Morelia y la avenida Cuauhtémoc –en la vecina colonia Roma –, donde había vivido durante casi todos sus 12 años con sus padres y su hermana.



Sin esforzarme demasiado, puedo visualizarlo: aquel amanecer, providencialmente cálido para ser el de un jueves de septiembre, llegando con temor y parsimonia a la esquina de Morelia y la avenida Chapultepec y atisbar, a unos cien metros de ahí, el edificio de la secundaria a la que había ingresado hacía poco más de dos semanas. Al mirar la construcción se le hizo un nudo en la garganta: era día de laboratorio de biología –sobre el uniforme, vestía la bata blanca que cada fin de semana le almidonaba su abuela– y él, en ese preciso instante, recordó que tenía que llevar dos peces para ser diseccionados hacia el mediodía. Recordó, también, que no había hecho una tarea de civismo sobre los símbolos patrios. Temió que sus compañeros de equipo del laboratorio le recriminarán su olvido, chingándolo hasta hartarse, y que Vera “La Calavera”, una momia encargada de hacer de ellos unos mexicanos responsables, lo pondría en ridículo frente a toda la clase. Por un instante le cruzó por la cabeza la idea de no torcer por la avenida Chapultepec, sino seguir derecho hasta llegar a la Zona Rosa y perder ahí el tiempo hasta que fuera hora de volver a casa. Pensó también en regresar sobre sus pasos hasta la calle de Puebla y refugiarse toda la mañana en casa de su abuela. Sabía que ella lo amaba demasiado, tanto como para no hacer muchas preguntas y, en todo caso, se limitaría a extenderle algún reproche cargado de complicidad. No podía, por ninguna cir-

cunstancia, volver a casa y tratar de explicarle a su mamá que había olvidado hacer la tarea. Las cosas iban tan mal entre sus padres, que no quiso correr el riesgo de exponerse a una reprimenda que, si no peor que las que recibiría en la escuela, podía ser igual de dura y humillante.

No hizo nada de eso, simplemente dio la vuelta para tomar la avenida y se aproximó lentamente al edificio escolar, perdida ya la ilusión que apenas diez o quince días atrás le daba ser, por fin, un alumno de secundaria, después de unas vacaciones gastadas estudiando para aprobar, con una de las calificaciones más altas de entre todos los aspirantes, el examen de admisión. De repente, esa mañana de un jueves que comenzaba con la promesa de ser templado y apacible, descubrió que aquella ilusión comenzaba a desvanecerse, que la escuela empezaba a no gustarle, que le costaba trabajo concentrarse en tantas clases y cumplir con sus nuevas responsabilidades. Atravesó la reja y el vestíbulo del plantel y entró al patio sin desear, pero esperándolo, algún milagro que lo salvara de aquel angustiante día de escuela que ni siquiera terminaba de arrancar.

Buscó a Mauricio y al resto de sus amigos entre los grupos de estudiantes (todos varones). Alguien cuyo nombre he perdido en la memoria lo recibió con el zape

de rigor. Él le contestó con una patada. Seguramente rieron. Recuerdo que saludó a Mauricio, su mejor amigo desde los días de la primaria, pero a estas alturas no sé qué hayan podido decirse. Seguramente él le comentó lo de los peces y la tarea de Vera. Pero tal vez no.

Recuerdo que el niño que yo era aún, todavía a esa hora, miró por última vez al muchacho de tercero, el de las muletas, subiendo las escaleras antes que el resto de los alumnos, como hacía cada mañana para no entorpecer el avance de las hordas hacia sus salones. Y me acuerdo también de cómo un instante después vio al Tío, el usualmente elegante prefecto de aquella secundaria, atravesar el patio para tocar la campana cuyo tañido ordenaba a los chicos que se formaran en filas para comenzar a subir a las aulas al ritmo de alguna música marcial que, diariamente, tocaba la banda de guerra.

En ese instante habitual y anodino, mientras veía a aquel hombre de traje oscuro cruzando el patio, el niño que fui comenzó a escuchar el murmullo: era un rumor que nació a unos metros de donde él estaba parado en coro con sus amigos y que se propagó rápidamente hacia todos los extremos del solar. Un segundo después identificó la causa: “está temblando”, le confirmó alguno de sus compinches con una sonrisa

menos nerviosa que expectante. Se sumaron de inmediato a aquel murmullo ascendente hecho de gritos y risas. Gritos proferidos por centenares de jóvenes varones que imitaban burlescamente, mofándose, los alaridos que lanzan las niñas al asustarse. Puedo afirmar que en aquel momento no llegaba aún el miedo a ese patio, donde privaba un aura de comunión —como la que hacía una semana se había dado cuando alguien lanzó al aire una botella de plástico para empezar una batalla en la que, dos o tres minutos después se había enfrascado ya toda la escuela— que crecía entre carcajadas a medida que el vaivén del suelo subía de intensidad. En esos momentos, felizmente mareado, el niño francamente no entendía por qué su madre se alarmaba hasta el límite de la histeria cada vez que temblaba, ni por qué razón salía corriendo del departamento, con él y con su hermana sujetos de sus manos, mientras los padrenuestros y los avemarías se confundían con los regaños de su padre, que pedía serenidad y paciencia. Lo entendería un parpadeo después.

No supo en qué momento aquello dejó de ser divertido ni quién fue el primero en callar, pero, en todo caso, el contagio fue inmediato: las risas y la gritería se apagaron en un instante y les siguió, como ordenado por un invisible director de orquesta, un silencio repentino... no sepulcral, no absoluto: era un silencio

en medio del estruendo que –podía escucharlo, sentirlo subiendo por su cuerpo, haciéndole un hueco en el estómago, estallándole en la cabeza– nacía y se multiplicaba debajo de sus pies y ganaba altura, haciendo ondular el piso y crujir la estructura de la construcción hasta hacer estallar sus vidrios en un orden pasmoso: en filas, uno a uno, de abajo hacia arriba: primero los de la biblioteca, en la planta baja y luego el resto, piso por piso hasta llegar al tercero.

El niño que fui dejó caer el portafolios con sus cuadernos y dio uno o dos pasos atrás, tratando de alejarse de aquel peligro, confundido entre una masa de cuerpos que se empujaban para abrirse paso y tratar de ponerse a salvo replegándose hacia el fondo del patio escolar, una especie de trampa rectangular rodeada de edificios por los cuatro costados (más tarde, escucharía el relato de los que, pegados a los muros, fueron bañados por el agua que cayó de los tinacos de los edificios vecinos). Debió de haber sido aquel, el instante entre el primero y el segundo de aquellos pasos, cuando todo terminó de ocurrir, cuando todo empezó a pasar.

Pensé en un bombardeo. Recordé aquellas imágenes en blanco y negro de la segunda guerra mundial que veía en la televisión: los edificios londinenses desmoronándose ante el asedio de la *Luftwaffe*, las

construcciones de Berlín cayendo ante el estallido de las bombas aliadas. El concreto, su sólida certeza, cediendo frente a una fuerza inesperada, desconocida. Y, dentro de mí, algo que también se derrumbaba.



Estas calles, una última caminata

Pável Granados

Para Roberto Sánchez Huerta



***M**iré la avenida Álvaro Obregón y me dije: Voy a guardar intacto el recuerdo de este instante porque todo lo que existe ahora mismo nunca volverá a ser igual. Carlitos venía caminando por Tabasco, dio vuelta en Córdoba para llegar a su casa, en Zacatecas. Pero se detuvo en la esquina con Álvaro*

Obregón. Vio casas, carros, personas, negocios, que por un solo instante adquirieron esa forma sin repetición posible. Recuerdo que a mí, al volver de las vacaciones de invierno, mi profesora de sexto de primaria me pidió un libro, *El principio del placer*, para leer en voz alta, por los primeros días de 1989. Nos dijo que ella había conocido a su autor y que teníamos que leer ese libro. Recuerdo que antes de eso había otra ciudad, a la que por desgracia no conocí nunca, la que se destruyó en 1985 y quedó entre escombros. Y me quedaba claro que los mayores, al hablar de la ciudad, se referían a una tan ajena y distinta a la que yo no podría vislumbrar siquiera. También recuerdo que estaba enamorado de aquella profesora, Carmen León, ¿veintiséis años, veintisiete?, y desde entonces prefería ocultar el amor y todo eso, tal vez el odio que siempre sentí de mi padre, tan palpable desde entonces, contribuía fuertemente al miedo. Y yo sentía el cariño de esa profesora por ser el mejor del salón, el más listo, porque no hubiera podido ser de otra forma, porque entonces creía que sólo así podría ser querido, desde entonces la angustia de no saber, de valer sólo por eso. Pero leímos ese libro, “Tenga para que se entretenga”, *La zarpa*; sí, también recuerdo que la miraba a través de cada cuento. Me la imaginaba en la vida misteriosa de una profesora de primaria que atravesaba la ciudad en camiones todas las mañanas desde un lugar que yo nunca había visto, ni entonces

ni ahora: Martín Carrera. Pescando en el recuerdo, también estoy seguro de no haberle dicho a nadie nada, de ocultar cada pensamiento que me delatara. Estoy seguro que algo más guarda el pensamiento, algo hundido en esos días circulares de los niños. Intento seguir pescando, pero algo se oculta en el fondo sin intenciones de salir. Todo vuelve a aclararse el último día, “Seguramente ya saben a qué secundaria van a inscribirse”, es decir, ese último día de clases. Y me veo escondido, para que nadie se entere, porque luego de este día, ella se irá, eran esos días lejanos sin teléfonos en todas las casas, se podían comprar cassetes para grabar los elepés, y yo podía caminar desde la casa de mi abuela a la mía por una calzada casi vacía, los miércoles, el día en que mi papá me dejaba sobre la mesa del comedor siete pesos para comprar *El hombre araña*, quien por esos días ya había visto morir a su novia *Gwen Stacey*, tal vez incluso la había visto resucitar, pues un profesor de la Universidad había guardado una muestra de su sangre durante un experimento y la había clonado, por eso es que el hombre araña había visto caminar a una chica exactamente igual a Gwen, quien había muerto como ya dije muchos episodios atrás por culpa del Duende verde. Y yo, que me había inspirado en eso y en *Blade Runner*, que tenía en formato Beta, para escribir un cuento e impresionarla. *Hombres víbora y bases espaciales*, todo en el año 2019. Ella me dijo: “¿De veras lo

escribiste? Tal vez seas escritor”. Pero yo entonces sólo quería llorar por Violeta Parra, que había muerto muchos años antes, pero yo no lo sabía, me enteré a los once años y me impresionó que diera gracias a la vida antes de matarse con una pistola. Por eso, un día que me preguntó sobre mi futuro, le escribí una carta en la que le explicaba que tal vez me fuera con una guitarra por caminos desconocidos como Violeta Parra. El último día de clases, eso sí lo recuerdo bien, nos formamos para salir por última vez de la primaria. Todos la rodeamos, lloré desconsolado. Pero ella, que siempre supo mi secreto, se acercó a mí y me dijo: “Tú no sabes lo que te está ocurriendo. Pero alguien ya lo escribió. Van a pasar los años. No te preocupes. Tienes que leer *Las batallas en el desierto*”. Sí, ella no supo que lo leí y que lo estoy leyendo ahora mismo. Que en cierto momento sirvió para desentrañar un enigma que se ignoraba a sí mismo. Que elegí escribir, pues no podía ser de otra manera. Ahora mismo, Carlitos eleva su elegía a un mundo desaparecido: *Los faroles plateados daban muy poca luz. Ciudad en penumbra, misteriosa colonia Roma de entonces. Átomo del inmenso mundo, dispuesto muchos años antes de mi nacimiento para mi representación*. Yo no lo recordaba, tal vez nunca tuve conciencia de estas líneas. O tal vez estaba escondida en mí esa imagen. Pero yo escribí algo parecido, hace tiempo, refiriéndome a un poeta muerto: “Aquella vida, la suya, tenía el tamaño de su

cuarto, de las personas que lo visitaban con frecuencia, de las calles por las que le gustaba caminar. Muy cerca se encontraba una avenida que lo llevaba a todos lados, siempre y cuando esos lados estuvieran comprendidos en su vida. Todo lo demás: las fotos de las revistas, el horizonte contemplado, las calles por las que preguntan los caminantes perdidos... todo lo demás no existía. Era una escenografía amable colocada para tapan el inmenso vacío que lo rodeaba. ¿Cuándo rasgaría con sus manos el cielo? Por la calle pasaba la gente, caminando su camino, trazando una ruta confusa para llegar a casas, estaciones, más calles.” Me refería a un poeta muerto en Nueva York a los 25 años, en 1918, Pedro Requena. Supe de él porque acostumbraba caminar por Donceles, con poco dinero, y encontré su *Antología de poetas muertos en la guerra (1914-1918)*, que publicó su familia, pues él murió de influenza, sin verla editada, el mismo año en que terminó la guerra. Y Christian me dijo que le había gustado ese texto mío. Ah, pero es que no he hablado de Christian. No les he dicho nada, he estado en círculos sobre mí mismo y no he dicho nada de su vida, que realmente es lo único que me importa. Christian Gaudí. ¿Saben que lo vi el primer día de clases, cuando llegó a la Facultad de Filosofía y Letras? Y yo, adjunto de una clase de Investigación, llegué esa mañana tarde. Al abrir la puerta, estaba sentado de frente a mí y nos vimos durante unos se-

gundos. No nos hablamos, no volvimos a observarnos. Pasaron varios días, hasta que Emiliano Mora, un compañero suyo, se acercó a platicar conmigo. Venía Christian con él. Me miraba con desconfianza. A la semana siguiente, fuimos a tomar un café. Christian estaba más relajado y pudimos platicar un poco. Era claro que me estaba poniendo a prueba. Me imagino que puedo saltarme pasos. Sólo me importa decir que mi departamento, Tonalá y Zacatecas, colonia Roma, cerca de la casa destruida de Carlitos, se convirtió en el lugar de reunión de Christian y muchos otros amigos de entonces durante casi todo el tiempo que duró su carrera en la Facultad. No recuerdo a quién se le ocurrió que hiciéramos un taller literario en el que leyéramos nuestros cuentos, aunque yo no supiera escribir cuentos. Christian llevó uno en el que un muchacho vestido de mujer se miraba en el espejo mientras su madre veía la televisión en el piso de abajo. Muchas veces, en medio de todas esas reuniones cotidianas, Christian y yo bajábamos a la calles a caminar. Sí, entonces le contaba los resultados de mis caminatas por la Roma: Aquí mató William Bourroughs a su esposa de un disparo en la cabeza; aquí vivieron los nazis que estuvieron en México, los mismos de los que habla José Emilio Pacheco en *Morirás lejos*, Aquí en esta vecindad murió José D. Frías el poeta que se hundió en la bohemia, que sólo viajaba con un maletín y que llevó a España marihua-

na escondida en una silla pues era un encargo para Ramón del Valle Inclán, aunque cuentan que se la fumó toda en el camino, En esta calle murió Enrique Fernández Ledesma que escribió acerca de las existencias fantasmales del siglo XIX, a la vuelta de donde vivía su gran amigo, Ramón López Velarde, Fernández Ledesma se cambió a esta casa pero no dio tiempo de que se instalara, llegó enfermo y apenas le pudieron poner una cama para que se recostara y agonizara en ella; sí, claro, éste era el café de los Estridentistas. Y este edificio a punto de caerse fue alguna vez la sede del Partido Comunista. Pero eso no importa, todos esos comentarios eran laterales, dichos para ser olvidados, por la sola conciencia de estar rodeado de un lugar que le daba forma a nuestra vida. Nos contamos nuestras vidas, con todo tipo de mentiras de su parte y llena de omisiones de mi parte. Pero aun así, algo nos unió desde entonces. Pero las palabras me llevan de un lado a otro: yo me enfilo con seguridad y sus tumbos me desvían, no me dejan llegar a mi destino. Decía que luego de uno de esos talleres literarios en los que nos exponíamos a todo, un texto mío no gustó nada, precisamente aquel en el que trataba de darle cierta forma a la vida de ese poeta muerto hace tanto. A los pocos días recibí un correo de Christian dándome ánimos: “No es un esbozo. Es poesía. Pável, tú sabes cómo me gusta este texto. Pienso que lo escribe alguien desesperado, que expri-

me sus ojos con los párpados para evitar seguir engañándose con la vida, con la realidad. No lo sé, tus palabras aquí parecen fluir en un espiral lento y leve de niebla, que sólo nos deja entrever pensamientos de un hombre al que el mundo lo sorprende de una manera extraña, las reflexiones de alguien al que el tiempo parece afectarle más que nadie. Un abrazo.” Pero sí, mi texto no era más que un esbozo a punto de diluirse, en el que yo creía que podía saber lo que pensaba ese poeta al que no conocí: “No habría podido medir su vida si se lo hubieran pedido; no sabría decir si era grande o no, ni de qué dependía su magnitud. ¿De los mares, de los caminos que lo habían conducido a ese sitio, frente a su ventana? Sabía cuántos pasos había de su cuarto a la cocina, de su escritorio a la puerta de entrada, pero no sabía si los pasos eran una medida válida para medir una vida. Reconocía el matiz exacto de una voz y podía escucharla con precisión a solas; la textura de una piel podía ser recreada con toda su contundencia, aunque eso le suponía mayor esfuerzo. Pero tampoco habría sabido si la capacidad de evocación multiplicaba los corredores de su vida, como si fueran reproducidos por espejos deformantes”. Es cierto que a veces Chris y yo nos peleábamos. Una amistad tiene un plazo para recuperarse. Los amigos tienen una idea de cuánto tiempo darse antes de reconciliarse, si se pasa de ese límite es casi imposible volver a encontrarse. Y

en una ocasión, él vino a buscarme para decirme: “No podemos pelearnos, Tú y yo vamos a estar juntos toda la vida así que es ridículo que no nos hablemos”. Ese día nos dimos un abrazo y hablamos y hablamos de todo lo que se había atrasado entre los dos. El cáncer que le detectaron era un vigoroso árbol que nació en sus testículos y que fue ramificándose por todo su cuerpo de tal manera que si se veían sus estudios se podían observar pequeñas manchas negras sobre su cerebro. Era un monstruo que se lo comió por dentro, infatigable, y con cierta cortesía no le avisó. Era el pequeño gusano de la muerte royendo por dentro sin hacerle nada a su hermosísima sonrisa, al color luminoso de su piel, ni a la mirada que tanta vida tenía. Antes de eso, la última vez en que podría llamarlo “sano”, vino a buscarme para caminar por la Roma y cruzar Insurgentes hasta el Parque México y Tamaulipas, para llegar a la librería Rosario Castellanos y comprar libros, ah y antes detenernos por primera vez en la heladería Roxy’s, yo un helado de chocolate y él, no sé, pero no quiso aceptarme una probada del mío porque era de leche. Luego volvimos a caminar, de regreso. A los pocos días supe que lo habían internado de urgencia, las pequeñas bolsitas de agua que le habían salido semanas antes no eran otra cosa que la larva de la muerte al fin lista para salir volando libremente. Como ninguno de nuestros amigos me dijo nada, yo me enteré diez días después

y le hablé entonces al hospital, lo fui a ver entonces. Debe quedar testimonio de la vida, algo, no todo puede ser el devenir comiéndose a sí mismo. Nos escribimos muy poco, mucho menos de lo que deberíamos. “¿Cómo te fue en tu reunión? Yo me quedé solo y sin poder hablar contigo. Ni modo, entiendo que eres un hombre con muchos proyectos y ocupaciones, pero con poco tiempo para simples bachilleres con la cabeza llena de mierdas, así como yo. De cualquier manera te escribo esto con el motivo de llamar tu atención o algo así, para conversar aquí todo lo que no podemos conversar allá. Yo estoy en el insomnio así que contestaré con prontitud tus mensajes, te propongo una especie de *messenger*. Si todavía lees esto entonces tengo la seguridad de poder continuar con mis letritas y contarte con ellas mi última desgracia: Leo un libro donde el personaje es arrastrado por las situaciones, es un simple títere del destino, como todos lo somos, pero lo particular del personaje es que acepta todos los sucesos sin meter su propia voluntad a las cosas. Acata los pensamientos más próximos y los hace suyos, de esta manera creo que han ido pasando mis cosas, que he acatado las cosas como me las trae lo fortuito, sin poder moldear mi futuro, pues todo viene rápido y yo estoy durmiendo y sólo acatando el presente. En resumen vivo el presente nada más. Hace un par de años eso me parecía extraordinario, quería sólo disfrutar lo más carnal. Hoy no puedo

más, estoy considerando mi futuro y me siento impedido para hacer que éste sea como yo quiero.” Pero esto me lo escribió en diciembre de 2006, mucho antes de la enfermedad. Nos escribíamos por las noches, como el 12 de octubre de 2006, a la mitad del insomnio: “Me molesta la oscuridad, también la luz fuerte, me gusta adivinar las siluetas. El futuro es la oscuridad total, es el negro que impide que mi vista fluya en el aire. El pasado es algo completamente blanco, algo que viviste y se purificó, se quedó en el olvido pero ya utilizado, es ausencia después de presencia, por eso es blanco. El futuro en sus tinieblas nos intriga, estamos esperando siempre a que algo se asome o salga de ahí, pero siempre tenemos la incertidumbre de que aparezca algo monstruoso o impensable. Estamos atrapados, cargando una gran piedra, no tenemos rumbo porque el camino siempre es largo y casi infinito, la muerte nos salva. Somos los hijos de Sísifo, tenemos el mismo castigo. Lamentablemente esta roca no se hará mierda, o tal vez sí, habría que esperar a morir, para ver qué sucede. Dicen que el presente sólo dura 3 segundos, nuestras vidas siempre son de tres segundos, lo otro está ya muy separado de nosotros, porque no somos el pasado ni el futuro, nada más somos tres segundos.” Cuando comenzaron las quimioterapias que lo hacían vomitar y llorar y dormir entre fiebres me escribió: “Te quiero agradecer la forma en que has estado junto a mí en estos días, para

mí tu cercanía es muy importante, sobre todo ahora que me siento como un loco galopando sobre su quimera. Gracias.” A veces, me despertaba a la mitad de la noche y a oscuras pensaba: Christian está en su casa, si le marco ahora él puede contestarme, algún día ya no estará, pero ahora está aquí, pues tenía la impresión de que él estaba entre los vivos de manera ilusoria. Hasta el día en que le marqué a su celular y me dijo: “Estoy en el hospital, un tumor me rompió las vértebras”. Y yo fui a verlo con Emiliano, juntos en su carro, Christian estaba sentado en un sillón, sobre un salvavidas para que no fuera lastimado, las piernas hinchadas por la trombosis, sin cejas ni pestañas pero aún con las últimas sonrisas. Todavía contamos chistes, vimos revistas. Y en un momento en el que nos quedamos solos me dijo: “He sufrido mucho, si no hay remedio sólo quiero que me digan y que el final no sea doloroso”. Hacia el final de la visita, cuando nos despedimos, gritó “Qué la próxima vez que nos veamos sea en una fiesta, que nos emborrachemos, quiero que así nos veamos la siguiente vez”. Pero todavía muy poco antes, había tocado a mi casa, venía en un taxi. Ya no salimos a caminar, pero se quedó toda la noche y parte de la madrugada platicando conmigo. Ya no salimos a caminar, como antes, es decir, con completa inconsciencia, a veces deteniéndonos frente a alguna fachada, casi siempre para no examinarla sino para hablar de otra cosa, con tan-

ta felicidad. Ahora leo sus palabras como cartas que me llegan desde el pasado: “Ahí estás en los cafés, hablando, riéndote, siendo Pável, aquel que luego se te olvida. Mientras yo escribiendo aquí, gracias al maldito insomnio. Estaba leyendo a Onetti, *El astillero*, que me ha dejado un poco inútil, toda su narración es muy confusa, sus imágenes son hermosas pero como borrosas. No comprendo muy bien lo qué está pasando ahí. Leí una de sus entrevistas y me pareció qué era un hombre muy sensato. Pero en sus novelas imprime inevitablemente la confusión propia que da la realidad. Me gusta pensar que ésta en el mundo del escritor tiene como rasgo principal lo confuso. Es muy raro. No puedo escribir ni una sola línea. Escribo sólo cosas inverosímiles que se me vienen a la cabeza. Todo esto, al releerlo, parece incoherente. Me duelen las nalgas de estar aquí sentado por tanto tiempo y me duele no poder concebir aunque sea un maldito renglón bonito. Ni modo, la vida no suele ser fácil. Probablemente me juzgues, pero hoy en la tarde estaba en la calle. Miré toda especie de autos, gente, vidas, traté de adivinar algo sobre las demás personas. Lo único que miré como un punto en común para todos fue la tristeza. Me sentí muy desgraciado, e impulsivamente comencé a odiarme, no quería seguir viviendo como hasta ahora, tenía que hacer algo, pero no sabía qué. Entonces tomé un taxi, le pedí que me llevara a San Ángel, y gasté en chocolates y una copa en

un bar. Medité un segundo y me vi resolviendo conflictos súbitos de tristeza con cosas materiales, con el goce. Me siento culpable al gozar, no sé, será porque sólo lo hago como un escape de mí mismo. No quiero aburrirte con toda mi verborrea. Ojalá comprendas lo que te escribo, porque me gusta escribirte”. No, no me aburres nunca, ni antes ni ahora, cuánto me gustaría decirte eso; qué lástima que las cartas no pueden ir del presente al pasado, al pasado donde te quedaste para siempre, siempre joven, feliz para siempre, tú solito, ibas a cumplir 25 años, te hubiéramos hecho una fiesta inmensa, pero lo que resultó sin ti fue sólo una catástrofe. Si vinieras ahora a mi vida reconocerías tan pocas cosas, pero no me gustaría que te sintieras incómodo, cambiaría todo para ti, para recibirte, si pudiera decir algo para que llegara hasta ti, una sola cosa, me gustaría encontrarte en una de estas calles cercanas y poder decirte: “Te das cuenta, todo esto esperándonos, estas casas, los árboles de Álvaro Obregón, tan sólo para nuestra representación, una sola oportunidad de no equivocarnos nuestro papel”. Misteriosa colonia Roma de ahora. Y tú, en ese hospital solitario en las noches, este abril que resultó tan lluvioso. Y yo, odiando tu agonía, odiando la vida antigua, odiando estos sentimientos puestos sobre esta hoja en blanco como cadáveres de peces para que se pudran solos sobre la playa lo más rápido posible. Y esperando la llamada del sábado a las seis de la mañana con sus horribles noticias.

El desorden interior. La Ribera de San Cosme

Julio César Toledo



Definido por el asombro, hay más de un lugar en esta ciudad que hace volver el tiempo ido, los amores olvidados y las ideas empolvadas. Yo me acuerdo (y no me acuerdo) que siendo niño —a comienzos de los años ochenta— algún sábado comí mariscos en un lugar llamado *Boca del Río*, pero aquí en la ciudad. El ruido y el alboroto y creo que hasta la música que sonaba era muy parecida a los de otro lugar donde también había comido mariscos, en Veracruz; un sitio llamado *Mandinga*. Pero para

llegar a áquel no habíamos tenido que tomar autobús ni hospedarnos en hotel, sino sólo llegar como a cualquier otro restaurante. Comer mariscos en ese tiempo era sólo una forma de decir comer cóctel de camarón porque todavía no tenía esta debilidad que ahora padezco por la comida del mar. Y es que yo vengo de lejos y aunque llegué muy niño a esta ciudad, traigo el río Tuxpan en la piel y el huapango cosquillea en mi pies. Aunque todo parecía lógico se me revolvía en el pensamiento: *Boca del Río* se parecía tanto a *Mandinga* nomás que estaba aquí en esta ciudad, y estaba precisamente en una ribera. Hasta ahí todo entendía, pero la cosa se complicaba cuando te asomabas por el ventanal del restaurante y no veías nada de agua. ¿Por qué había un restaurante con ese nombre en donde nada de agua se veía, y porque los adultos le llamaban con tanta seriedad a esa avenida la “Ribera de San Cosme”?

Quizá es ese el recuerdo más antiguo que tengo de la Ribera: la revoltura y confusión de mi infancia preguntona. La gente caminando casi siempre a empujones y los edificios grandes que se alzaban muy por encima de los transeúntes son también imágenes que tengo bien clavadas en la memoria de aquel sitio que es más bien la conjunción de muchos. Y es que la *Ribera de San Cosme* es más grande de lo que pudiera parecer. A lo mejor es nada más una idea mía, es que me acuerdo y no me acuerdo, pero para mí la *Ribera* va desde el arbolote

chamuscado de la Noche Triste: Popotla, pasa por el Colegio Militar, la Escuela Normal de Maestros y se sigue—como río que acelera su cauce— hasta San Carlos, allá en la Tabacalera. En el camino se ve la secundaria 15, donde hay un auditorio que lleva el nombre de mi abuelo, el Dr. Heriberto Toledo —tenía que decirlo—, la famosa esquina de *Las Fabulosas* que ya ni existen, *La capilla Británica* que, claro, fue parte del panteón que estaba donde hoy pasa el circuito, *Mascarones* que merece historia aparte y cientos de puestos que venden y rematan, además de tenis y ropa, el silencio y la gloria de las colonias que flanquean la avenida. No quiero repetir lo que cantó ya Chava Flores en su canción del metro, ni me voy a exponer a contradecir el poema de *La Tabacalera* de Eduardo Langagne, pero ese camino lo anduve yo tantas veces que es tan mío como el que más. Esa línea de metro, la azul, me vio tantas veces ir y venir que podría contarse más de la mitad de mi vida en esos vagones —que creo que son los mismos desde entonces—.

I

Durante mis años de universidad vivía en la hermosa colonia *Clavería* y estudiaba en el centro, por las calles de Izazaga. Viajaba todos los días de Popotla a Pino Suárez y de regreso. Acostumbraba tomar un camión del metro hasta mi casa que estaba enfrente del muy famoso *parque de los vagos*. Muchas historias habría

que contar de esos trayectos pero una es la que me ha hecho popular entre, al menos, mi familia. Una tarde, a bordo del camión que me llevaba hasta *Clavería*, escuché cómo una madre preocupada por la cultura de su hijo, modificó su tono de voz a serio y con un aire de profesora dijo –Mira, Chavita, ese es el Árbol de la Noche Triste. En ese árbol (¿lo ves?) lloró una noche Hernán Colón cuando lo derrotaron los españoles (sólo me gustaría verificar que es intencional lo de Colón).

Y cómo no iba a llorar el infame Hernán aquél; no sólo cargaba en su nombre dos estirpes casi irreconciliables, al menos para la historia oficial de nuestro país, sino que encima había sido derrotado, y por los españoles, que a juzgar por el nombre y apellido del personaje, fueron en algún momento de los suyos. Me bajé en la siguiente esquina. No quise decir nada. Me fui a mi casa conforme con la breve lección de historia. Solamente pienso, a veces, el fiasco que resultó para Chavita saber que las cosas no habían sido exactamente así, como su madre lo dijo: qué caos en el orden de las ideas históricas del niño, qué caos.

II

Mi abuela llegó de Xalapa a vivir al D.F. cuando era una niña. Mi bisabuelo, su padre, el profesor Rafael Valenzuela, venía prácticamente huyendo de los infortunios de una traición en la revolución y con el

dinero obtenido de la mala venta de su rancho en Chicontepec, compraron una casa en la calle Lago de Chapala, muy cerca del Colegio Militar. Decidieron asentarse allí por la cercanía a la Normal, donde mi bisabuelo daría clases y haría funciones directivas también. El apellido Valenzuela, en Xalapa y Chicontepec, es sinónimo de educación. Don Rafael Valenzuela, padre de mi abuela, fue además de buen amigo y compadre del pedagogo Répsamen, autor de varios libros de métodos pedagógicos y director de educación en el estado de Veracruz. Era un tipo letrado y reservado, cuenta mi abuela. Sabía y leía mucho, era lo que podríamos decir, un hombre inteligente. Pero, dice una parábola china, hay hombres que vienen al mundo a construir cosas con materia y otros con las ideas, y pocas veces un solo hombre puede construir en esos dos ámbitos su vida. A mí me ha dado últimamente por acordarme de mi bisabuelo que, sin duda, construyó su vida con ideas y poca materia. Y me acordé que una vez caminando por la *Ribera de San Cosme*, a mí hermano y a mí nos cayó encima un chubasco de esos que suelen adornan las tardes de verano en la capital. Nos metimos casi sin decidirlo a un café de chinos que está muy cerca de la Normal y del cine *Cosmos*—ese inmenso cine que terminó por ser, antes que ruinas, guarida de gente sin casa y que jamás volvió funcionar—. Con la suposición de que una sopa de tallarín bien caliente podría evitar una gripe, pedimos el menú chino y un lechero. —Te

acuerdas que la abuela nos contó del café de chinos que el bisabuelo compró— le dije a mi hermano. No lo compró, sonso, sólo invirtió en él, corrigió el hermano mayor. Resulta ser que apaciguadas las revueltas revolucionarias y toda vez que don Rafael Valenzuela se había acomodado bien acá en la ciudad, quiso hacer negocios en grande y no conformarse con sus sueldos de la Normal y regalías de sus libros. Entonces, vaya usted a saber en qué correrías, unos inmigrantes chinos lo convencieron de invertir en un café con la promesa de repartir al cincuenta por ciento las ganancias del local. Él sería el socio capitalista que no tendría que hacer nada más que montar el cafecito, y a cambio recibiría de por vida la mitad de las ganancias de áquel local. El profesor Valenzuela lo consultó con doña Cenobia (madre de mi abuela) y con la almohada y ambas, supongo, le dijeron que era su dinero y que hiciera lo que quisiera. Y así fue, se consiguieron un galerón frente a la Normal, se compraron mesas e instrumentos y el *Café Lee Yung* comenzó a funcionar. Un éxito rotundo. Además de pocas ganancias cada tarde había pan recién horneado en la casa de Chapala —como todavía suele llamarla la abuela—. Un día, cuentan, Don Rafael llegó por su bolsa de bísquets al café y no se la dieron. El dueño, un chino de apellido Lee, le dijo enérgicamente que bastaba ya de tanto encaje, que no iban a seguir regalándole pan para él y su familia así nomás, y que ni un centavo iba

a ver de ese día en adelante porque mucho trabajaban todos ahí como para que él sólo llegara a cobrar. El maestro, mi bisabuelo, salió del local tan consternado como ofendido. Nunca más se paró por ahí, y de vez en vez dicen que decía que el dinero y las cosas al final nada más terminan por echar a perder a la gente de buen corazón y, mientras Cenobia se daba de topes por la pérdida, el profesor comenzó a llevar pan a la casa de una panadería que estaba enfrentito de la entrada del Colegio Militar.

—¿Será este mismo?— Preguntó mi hermano. No deberíamos pagar la comida, total, es un poco nuestro este restaurante. Reímos un poco de la idea y decidimos no contarle a mi abuela que comimos ahí. Otra cosa hubiera sido si cada negocio de los que empezó mi familia hubiera prosperado. Pero eso sí, todos, el quince de mayo, recibimos un montón de regalos de los alumnos que cariñosamente se acuerdan de nosotros, esa fue la herencia de don Rafael.

III

La primera vez que leí *Batallas en el desierto* me fascinó, y como dijera alguna vez algún escritor: es una novela de la que uno se vuelve cómplice muy pronto, y yo no fui la excepción. Aunque habla de otros años que no me tocaron, de una historia bien ajena y de una colonia Roma que no fue de mis afectos sino hasta años más

tarde, siempre sentí –como debe sentirse con la buena lectura– que ese relato era tan mío. El caos de esas páginas era un caos de la nostalgia por lo nunca visto, al menos eso pensé hasta que releí la novela no hace mucho para dar una clase de español en la secundaria de un colegio que está en la calle de Sadi Carnot, en la colonia San Rafael. En aquella –supongo– segunda lectura del relato de José Emilio Pacheco, me pasaron dos cosas importantes. La primera es que me di cuenta de que la nostalgia profunda que se sentía al leerla no sólo era un fantasma heredado por los padres sino que algo de hoy estaba ahí contado ya hace tiempo pero con malicia que da miedo a veces: *los mayores se quejaban de la inflación, los cambios, el tránsito, la inmoralidad, el ruido, la delincuencia, el exceso de gente, la mendicidad, los extranjeros, la corrupción, el enriquecimiento sin límite de unos cuantos y la miseria de casi todos.*

¿De qué época es que hablaba el personaje del libro? Una tarde saliendo del colegio, de una junta, creo, caminaba y leía al mismo tiempo. Y sin darme cuenta, atendiendo más la lectura de la breve novela que mi rumbo o paso, llegué a una calle con edificios muy hermosos. Ahí mismo en San Rafael. Me llamó la atención uno en particular, de color muy gris en la fachada y con un diseño arquitectónico que me hacía pensar –no sé por qué– en Nueva York, o el pasado. Cerré mi libro y entré, pues la puerta principal estaba

abierta. Subí unas muy anchas escaleras en caracol, hechas de un mármol ya trabajado por las décadas y las pisadas de los inquilinos. Era una mañana muy nublada, y esos días a mí me gustan. Entonces recordé lo recién leído: *Hasta que un día –un día nublado de los que me encantan y no le gusta a nadie– sentí que era imposible resistir más. Estábamos en clase de lengua nacional como le llamaban a español. Mondragón nos enseñaba el pretérito pluscuamperfecto del subjuntivo: hubiera o hubiese amado [...] Eran las once. Pedí permiso para ir al baño salí en secreto de la escuela. Toqué el timbre del apartamento 4, una dos tres veces, al fin me abrió Mariana: fresca, hermosísima, sin maquillaje.*

Qué sensación tan maravillosa esa de que la literatura tome por asalto la realidad, la tridimensionalidad del relato se apoderaba de mis pasos sobre esa vieja escalera de mármol que bien podrían conducir hasta el apartamento de Mariana, y a mí, que me gustan más que nada los días nublados, podría pasarme, quizá, lo de aquel beso tan llevado y traído. No. A cambio de una Mariana ataviada con quimono de seda, la realidad me mandó, tiránica, una mujer vieja que vestía delantal a cuadros y que, escoba en mano –más arma de defensa que instrumento de trabajo– me dijo enérgicamente que ahí no podía pasar; que a quién buscaba yo, que no me reconocía. No tuve más remedio que alejarme a paso veloz hasta la calle, y luego

apretar el paso aún más hasta llegar a la *Ribera de San Cosme*, donde me sentí, digamos, en un oasis. A la vera de mi ya muy conocida avenida, decidí postergar el final de mi lectura para cuando llegara a casa.

IV

La década de los ochenta fue atroz en muchos sentidos; yo sigo defendiendo que no fueron las lágrimas de cierto presidente ni el temblor, lo peor de aquellos años –aunque sí se lamenta la muerte de tanta gente, Rockdrigo, por ejemplo– ; lo peor, lo peor fue la moda.


Sería 1989, por fortuna se iban esos años de rock en tu idioma y llegaba el *grunch*, cuando yo moría o mataba por dos cosas: comprarme unos zapatos negros de piel que estaban atravesados por una hebilla plateada e ir al teatro a ver “Drácula” que protagonizaba el primer actor José Alonso.

En mi casa accedieron a darme el dinero para los zapatos, pero me advirtieron que nadie me iba a acompañar a comprarlos, que debía ir yo solo a San Cosme, porque ahí eran más baratos y estaba cerca. Entonces, con mis apenas doce años encima, un sábado en la tarde –fue, recuerdo, después de la comida– salí de mi casa con rumbo a la *Ribera, a la de San Cosme* y a la zapatería


que así se llamaba, por primera vez solo. Bajé del metro sin la certeza de en qué acera estaba, los gritos de “pásele” y la música de los puestos me impedía pensar con claridad ¿se notaría en mi cara que esa era la primera vez que iba de comprar a San Cosme yo solito?

Total que caminé y caminé y caminé, como en *via crucis*, con mi inexperiencia de consumidor solitario sobre la espalda, cuál cruz. Como el caminante hacia Santiago de Compostela, yo recorrí la *Ribera de San Cosme* esta tarde desde Circuito Interior hasta Insurgentes, y de regreso. Entré a cuanta zapatería encontré abierta, me medí infinidad de zapatos de piel negra con hebilla plateada. Analicé la compra más de una vez: los mejores estaban en una de las primeras zapaterías a la que entré, eran los mejor hechos y los más de moda –atroz moda- pero los de la zapatería cercana al *Burger Boy* de Insurgentes dejaban algo de dinero para comprar un suéter jaspeado en gris que se iba a ver muy bien con mis zapatos. Afuera en la avenida todo era un caos de compras y gente. Dentro de mí el caos era de duda y compras; de ambición y estiramiento de los pesos que, a decir verdad, no me acuerdo cuántos eran. Todo era caos.

Me di cuenta que oscurecía y que mi decisión debía llegar ya. Compré los primeros que vi, los más bonitos; pedí bolsa sin caja y corrí de regreso al metro



y luego al camión y las cuerdas de caminata hasta el *parque de los vagos*: una mirada rápida para ver si algún amigo andaba ahí, pero nadie. Llegué a mi casa y mi madre ya estaba —así me lo dijo— con el Jesús en la boca y mi abuela preocupada preguntó si todo estaba bien. Tras un breve sermón de los peligros de la zona ya en la tarde, yo me dije: “quién los entiende”, mi madre me apuró a bañarme y cambiarme formal, pues mis tíos —que venían de Veracruz— nos iban a llevar al teatro. Al teatro San Rafael, ahí cerquita de San Cosme, a ver “Drácula” con José Alonso. Qué noche esa: estrené mis zapatos de hebilla —que fui a comprar yo solo, lo cual me ponía un eslabón arriba en la cadena jerárquica de los preadolescentes— y vi al mismísimo José Alonso interpretando un Drácula sensacional.



Cuando íbamos llegando al teatro pensé: hace unas horas era un sudoroso y espantado peatón mercante de zapatería que andaba por aquí y ahora vengo echando tiros como elegante asistente a teatro, qué cosas, cómo la vida puede permitirnos esas vueltas. Al final de la función, en el *lobby* del teatro, mientras mis tíos decidían si íbamos cenar al café de chinos de la Normal o de plano nos adentrábamos al centro hasta el Moro —la churrería, claro— salió el actor José Alonso cargando un porta trajes. Corrí hasta él, programa en mano para que me lo firmara. —“Me



gustan tus zapatos”, dijo, después de autografiarme el papel. Todo, entonces había valido la pena, todo salió aquella noche a pedir de boca. Los ochenta se iban y venía otra moda, pero yo salía triunfante de la década y era, se puede decir, un feliz sobreviviente de la *Ribera de San Cosme*.

V

Durante una época de mi vida regresé cada vez que tenía que comprarme unos zapatos o unos tenis a *la Ribera de San Cosme*. Para mi hermano y para mí fue tradición comprar ropa y zapatos ahí, durante algunos años gastamos lo poco que nos llegaba de aquí y allá en los puestos del comercio informal de la avenida. Como una especie de código muy personal, y creo que también intentando no delatar la procedencia de nuestros zapatos, le llamábamos a la ribera: *San Cosmic*. Así nos apropiamos del lugar. *San Cosmic* era para nosotros el lugar imaginario a donde ir cuando en la bolsa caían unos pesos y poder gastar con cierto decoro y sin quedarnos, -de nuevo, sin un peso. Llegábamos algún fin de semana temprano, recorríamos puestos entre música de los noventa, cd's pirata y otros artículos, y buscábamos (siempre me atuve al buen gusto de mi hermano) los zapatos, casuales o deportivos, que se vieran más decentes y menos sospechosos. Nos comíamos una torta, o has-

ta una hamburguesa, y un refresco, e intentábamos volver temprano: evitando la oscuridad y pasar por el parque que rodea la *Capilla Británica*, porque estaba lleno de la gente que dormía en las ruinas del cine cosmos.

Siempre era mejor decir *San Cosmic*, que San Cosme. Para nosotros que todavía llegamos a ir a ver alguna *matiné* en el cine Ópera –ese imponente edificio con estatuas griegas en la entrada– era difícil aceptar, en la adolescencia y juventud, que comprábamos la ropa en los puestos de la *Ribera de San Cosme*. Pero siempre pudimos sobreponernos de las cosas que no nos gustaban o que no entendíamos mediante las palabras; el Olimpo, por ejemplo, le decíamos al mismo cine Ópera. Entonces, si alguna vez veníamos de lugares distintos, nos preguntábamos: ¿Vamos a *San Cosmic*? Va, órale, ¿nos vemos en el Olimpo? Vale. Aquellos lugares fueron así para nosotros, a pesar de nuestra edad, los lugares del asombro, y hoy son los del tiempo ido, los de la melancolía sabrosa y el caos.

VI.

¿Qué te parecen? Les dicen Flying Suacers: platos voladores, sándwiches asados en este aparato. [...] Pan Bimbo, jamón, queso Kraft, tocino, mantequilla, ketchup, mayonesa, mostaza. Eran todo lo contrario del pozole, la birria, las tostadas de pata... J.E.P

Si el primer recuerdo, o el más antiguo que tengo de la *Ribera de San Cosme* es aquella comida en Boca del Río, hoy mi memoria se ve tan desfavorecida por el entorno como por las miles de preocupaciones ajenas al barrio que me vio crecer. Una de las últimas veces que me paré por San Cosme, quise ir a comer pero me llamó la atención la cantidad de pequeñas placitas donde “legalizaron” el comercio informal de la zona y la cantidad de áreas de comida rápida que éstas tienen. Todavía existe Boca del Río, todavía el caos reina en la avenida durante el día, pero algo de ese San Cosme de antes ya se fue, ya no está más. Ahora bajo el puente de circuito se juntan los chavos a andar en patineta. Las Fabulosas, como dije, ya ni existen. Pero todavía hay en esas calles algo que nunca pasará. Al menos para mí la Ribera de San Cosme todavía tiene ese aire de los treinta que vivió mi abuela, de los setenta de mi madre y de los ochenta que yo vi pasar en metro y en camión a lo largo de esa avenida que va desde Popotla hasta la Tabacalera. Si bien la vida moderna nos impone nuevos ritmos y nuevos menús para comer, todavía restan por ahí, algunos lugares donde el asombro nos permite seguir comiendo mariscos en una ribera, en plena ciudad de México.





Las calles



El Agujero de los Asalariados

Ramón Carazo



1

Esto es una condenada carnicería. Pegotes de grasa, servilletas hechas bola, cebolla y cilantro picado adornan la banqueta. Tripas, grandes trozos de carne y chorizos se fríen lentamente en un gran caldero colectivo, mientras ojos, sesos, lenguas, paladares y orejas hierven sobre una pequeña plancha de acero

inoxidable. Ese familiar olor a vísceras atasca los cornetes y los reconforta, una peste estable en un mar de caprichosos aromas placenteros. La realidad, frita o hervida, servida en un trozo de tortilla. *Reality Bites*.

2

Yo mamé en la Plaza México, literalmente. Mis progenitores y mis abuelos me llevaban ahí desde que era un becerrillo, por tradición familiar convertida en teatro de las pasiones estéticas de mi padre. Alguien con mejor memoria, o mayores pretensiones literarias que yo, diría que aún recuerda el humo de los habanos, la música, el griterío, el polvo facial con fragancia a claveles que mi madre usaba esos domingos o el tacto áspero de la mano de torero de mi abuelo. Repito, eso diría, pero la verdad es que, a pesar de mis gigantes-cas pretensiones literarias, yo no recuerdo nada. ¿Son importantes los recuerdos para una crónica literaria? No tengo idea, estudié comunicación.

3

Hoy es domingo. La mañana la pasé viendo *The Meaning of Life* del Monty Python en mi cama, solo. Es la tercera vez en la semana. No que veo *The Meaning of Life* solo en mi cama, sino el tercer domingo que veo *The Meaning of Life* solo en mi cama en esta semana. Todos los días así, apacibles y miserables, tienen que

ser necesariamente domingos. En fin, este domingo, después de ver la película, he decidido que hoy va a ser viernes. Me levanto de la cama, me baño, me pongo mi cachucha de las travesuras y le hablo a Octavio.

¿Qué haces?

Estoy echado en la cama, viendo *Life of Brian*.

¿No prefieres hacer algo productivo?

¿En domingo? No jodas.

Anda, vamos por un trago.

No.

Yo sé que se te antoja.

No.

Te conozco Octavio, eres más fácil que una enchilada suiza.

Definitivamente no.

3 (2)

Para los que no la conocen, la cantina *Dos Naciones* está sobre Bolívar, entre República del Uruguay y República del Salvador, en la cuadra denominada por un famoso gurú de la vida nocturna –cuyo nombre no viene a cuento en esta crónica– como “El agujero de los asalariados”. La razón por la que la cuadra lleva este peculiar mote es que está retacada, de punta a punta, de cantinas baratas; salvo por un pequeñísimo espacio – más o menos del tamaño de un cubículo de oficina – que es ocupado por *Los dos Cocuyos*, una taquería donde

se sirven algunos de los mejores tacos de pedacería de esta ciudad. La *Dos Naciones* está entre la *Portales de Tlaquepaque* y *La India*. La cantina que nos ocupa ahora tiene dos pisos. El primero es un largo salón con mesas familiares atestadas de borrachos y turistas de la ENAH y el ambiente lo pone una rocola llena de música ranchera. El segundo es un tapanco precedido por una diminuta pista de baile y el ánimo obedece a los caprichos musicales de la peor banda de salsa de la escena guapachosa del Centro Histórico y a los floreos provistos por un nutrido grupo de ficheras cuarentonas. Octavio y yo, solteros codiciados pero perezosos, estamos sentados en la misma mesa del primer piso en la que solemos terminar nuestras juergas cuando ocurren en esta parte de la ciudad. Una mesa demasiado grande para nuestra conversación escueta de borrachines. Son las cuatro de la mañana, el ejercicio de la ley es laxo en estas latitudes. Octavio le da un sorbo a su cerveza cubana servida en copa chabela, también conocida como tongolele, nombre poético donde los hay.

¿No que no tronabas pistolita?
Cállate güey...

4

De lunes a viernes camino dos kilómetros, por lo menos. Uno de ida y otro de vuelta. Al salir de mi casa, tomo Popocatépetl, cruzo Uxmal, luego Cuauhtémoc

y doblo a la derecha en Avenida México hasta llegar a Zapata y de ahí a la estación del Metro que lleva su nombre. En el camino me cruzo con un *Oxxo*, una gasolinera, dos casetas de policía abandonadas, dos complejos residenciales de lujo (clasesmediero), un puesto de tortas de tamales fritos, un local de jugos, el estacionamiento para empleados del Suburbia, la zona de carga y descarga del Walmart, una paletería, un changarro de carnitas estilo Michoacán, un montón de jardineras atestadas de basura, un paradarero de autobuses, media docena de indigentes y el señor que vende gelatinas artesanales afuera de la estación. De regreso siempre paso al *Oxxo* por un par de cervezas, para el desconecte. Al llegar a mi casa, enciendo un cigarro y la computadora. No es suficiente con las doce horas seguidas que estoy viendo el monitor en el trabajo. Después de la primera cerveza, hojeo una revista mientras apuro la segunda. Al finalizar ésta, me enfundo en traje de sueños y procedo a hacer lo propio.

MORALEJA: Toponimia mata tautología.

5

Octavio y yo cruzamos el Zócalo por la mitad, a paso de roca. Platicamos a ritmo de lodo. Quedamos en regresar el domingo para comprar sombreros en Tardán y en convencer a su hermana – estudiante de Historia y por ende con privilegios impensables para

los demás mortales – de que nos dé acceso al sótano de Catedral, para dinamitarla. Con suerte, el agujero creado por la exploración inducirá un vórtice que nos libraré de nosotros mismos. De la ciudad y sus habitantes, claro está, o por lo menos que removerá todo de tal forma que no nos quedará de otra más que reconocernos en las ruinas.

Por lo pronto iremos el domingo por sombreros. Yo quiero un panamá, por aquello de los calores bochornosos. Lo último que se puede perder es el estilo, sobre todo mientras el mundo se hunde bajo tus pies.

5 (2)

De *El Libro por venir* de Blanchot a propósito de *Una tirada de dados* de Mallarmé, retomado por Derrida en *Papel Máquina*, birlado y reciclado por mí para describir la naturaleza del mentado estallido (léase el episodio anterior [5] para mayores referencias) que – debo admitirlo muy a mi pesar – me da una pereza indescriptible redactar; a pesar de la importancia que tiene para la presente crónica. Así que con la venia de ustedes, y el disgusto tácito de los demás autores implicados en el refrito a tres bandas, les presento orgullosamente el siguiente texto que yo no escribí, pero cuya particular lectura y aplicación en el cuerpo de esta crónica me adjudico sin pudor alguno:
“Es a la vez en el sentido de la mayor dispersión y en

el sentido de una tensión capaz de *reunir* la infinita diversidad gracias al descubrimiento de estructuras más complejas, que *Una tirada de dados* orienta el porvenir del libro. El espíritu, dice Mallarmé después de Hegel, es “*dispersión volátil*”. El libro que recoge al espíritu recoge, por consiguiente, una fuerza extrema de estallido, una inquietud sin límite y que el libro *no puede contener* [subrayo: el libro contiene lo que no puede contener, es a la vez más grande y más pequeño que lo que es, como cualquier biblioteca, en resumidas cuentas], que excluye de sí todo contenido, todo sentido limitado, definido y completo. Movimiento de diáspora que nunca debe ser reprimido, sino reservado y acogido como tal en el espacio que se proyecta a partir de él y al que dicho movimiento no hace sino responder, respuesta a un vacío indefinidamente multiplicado donde la dispersión adquiere forma y apariencia de unidad.⁹

6

Entonces, años después, comunicólogo y todo, regresé a la Plaza México y me reencontré con mi abuelo muerto. No con su fantasma –elucubración de la memoria– sino con su cadáver. En otras palabras, con sus despojos. Estaban ahí en el ruedo, desperdigados sobre la arena, entre las partículas de cal de los medios,

⁹ Derrida, Jacques, *Papel Máquina*, págs. 24-25, Editorial Trotta, 2003, España.

embadurnados sobre la madera pintada de rojo de las tablas, paseándose cómodamente por el callejón, en el primer trompetazo del primer pasodoble de la tarde, acompañando la marcha de toreros y cuadrillas, bajo las pisadas del noblote Pastejé que salió de toriles y en las heces de los valientes rocines de los picadores. Aquí, como en casi todos lados, me tomé un par de cervezas y musité un brindis en honor de los Carazo que fueron, somos y serán: “Por el viejo cabrón, a su perpetua salud”.

7

Después de mucho especular, por fin se convenció de subir las escaleras y entrar a mi cuarto conmigo detrás de ella.

Hace mucho calor aquí, ¿no?

Si no te gusta, la cama es larga y ancha.

¿Estás imbécil o qué?

No, en serio, mírala, es matrimonial. Cabemos los dos.

Ah, es cierto.

Ella se sentó en el borde del colchón, yo me hingué frente a ella sobre el pedazo de alfombra que sobresale por debajo. Agarré su cuello con la mano derecha y acaricé el encuentro entre sus clavículas. Tómalas barbón.

Después, pedimos pizza de carnes frías tamaño familiar y la comimos en la cama, mientras veíamos *Monty Python and the Holy Grail*. Ella se fue pasando las seis de la tarde. Quedamos en hablarnos un día de estos.

8

La noche – en el sentido de un espacio en el que ocurre algo de calidad diametralmente distinta a lo que acontece en el día – apenas comienza. *La India* está vacía de clientes. Octavio toma un asiento a dos bancos del borde de la barra, yo voy al baño. Mientras estoy en lo mío, Octavio escoge y reproduce *Nereidas*, el clásico danzón de Amador Pérez Torres “Dimas”, interpretada por una danzonería cuyo nombre no me tomo la molestia de averiguar porque soy un periodista de medio pelo y poca iniciativa. Cuando regreso a la barra, me está esperando una cazuelita llena de habas enchiladas sólo para mí. Octavio tiene la suya, a él le gusta hacerlas nadar en salsa picante. Pedimos dos *Indias Especiales*, el trago insignia de esta carabela del etilismo, compuestos por seis distintos licores de producción nacional, salsa Maggi y una copeteada de Sidral Mundet. Finísimos y pegan como suenan. Nos bebemos la primera ronda casi de un trago, como a Octavio le gusta. Yo soy de gustos más bien sosegados, pero esto es una cosa de dos. Viene la segunda ronda de todo.

Te vas a morir si sigues comiendo picante de esa forma.
Blah.

Pronto llegan la tercera y luego la cuarta y hasta la quinta. El cantinero de *La India* es uno de los mejores tipos que he conocido en mi vida. Un caballero hecho y derecho, de los que es imposible imaginar bailando danzón en una plaza pública porque no vive en el engaño de que la vejez son los “años de dorados”, pero que tampoco va por la vida renegando de sus pectorales convertidos en senos por la edad. Uno de sus atractivos turísticos más notorios es que siempre se acuerda de sus clientes más o menos regulares, o por lo menos hace como que los recuerda como si fuera psicólogo. Octavio platica con él, mientras yo me doy otra rondita de (auto) inspección por el baño. Al salir, veo a Octavio escoger *Nereidas* otra vez.

Octavio, ¿estás intentando seducirme?
¿Qué no me puede gustar el danzón para compensar tu ausencia?
Bájénle al tono muchachos, esta es una cantina familiar.

“¡Qué maravilla – dijo Ramón Carazo – cabalgar sobre Reforma y no quemarse¹⁰!”.

9 (2)

“Rebuscado” – cuatroño, retinto, bien armado y astifino, 486 kg – arremete contra el capote, fresquito de toriles. Ramón Carazo “El Niño de la Recherché”, recibe al astado con una verónica magistral, acunando su embestida a todo lo largo de la tela rosada. El toro da una vuelta al ruedo, buscando pelea. Los subalternos van dirigiendo su trayecto hacia el torero. “El Niño” recibe el embate

¹⁰ “¡Londres arde!, ¡Londres arde!/ Por toda la ciudad, por toda la noche/ Todo el mundo conduce con las luces encendidas a tope/ Blanco o negro enciéndelas, enfrenta la nueva religión/ ¡Todo el mundo está sentado viendo televisión!/ Londres arde de aburrimiento/ Londres arde, marca 99999/ Salgo y entro a la Westway, entran y salen las luces/ Qué grandioso sistema de alumbrado – es tan brillante/ ¡No se me ocurre algo mejor para pasar la noche/ Que acelerar debajo de las luces amarillas!/ Londres arde de aburrimiento/ Londres arde, marca 99999/ Ahora estoy en el Metro, estoy buscando el departamento/ Esta calle lleva a esta cuadra, esta otra a aquella/ El viento aúlla a través de las cuadras vacías buscando un hogar/ Yo corro a través de la roca hueca porque estoy muy solo/ Londres arde de aburrimiento/ Londres arde, marca 99999.” *London's Burning*, Strummer/ Jones, The Clash, 1979.

de “Rebuscado” con otra verónica, el animal da la vuelta y el matador concatena dos, tres, cuatro lances más y remata la serie con una media. Increíble. Los picadores salen al ruedo. “El Niño” aleja al burel de su querencia, llevándolo con el caballo. “Rebuscado” mete los riñones, se afianza en la arena para embestir con más fuerza mientras recibe el puyazo. Joder. En el quite, chicuelinas. El público se entrega. El toro está en su punto, los caballos abandonan la arena. Los banderilleros adornan el lomo del burel con sus navajas vestidas de solana. Es el turno de la muleta. “El Niño”, con el trapo a sus espaldas y actitud gallarda, se encamina al encuentro del toro, que ventea en el centro del ruedo, esperando. El matador se acerca cada vez más, pisando los terrenos del animal. “Rebuscado” embiste, “El Niño” lo toma con un trincherazo, lo embarca con un cambiado por la espalda y le da la salida con un muletazo de pecho. Soberbio. La faena continúa. Trincherazo ligado con redondo, naturales por bajo, ayudados, etcétera.

Se aproxima el momento de la verdad. “El Niño” pide autorización al juez de plaza para tirarse a matar. El juez da su anuencia. El hombre de luces se acerca a la barrera, para realizar su brindis, montera en alto: “A los relojeros del mundo, que con cada pieza que fabrican conquistan un pedacito más de mundo para el imperio del tiempo. La eternidad sea para ustedes”. Concluido el brindis, el torero deja caer la

montera a sus espaldas con gallardía, hacia el vacío, como estrellando su copa con la del mundo. El sombrero cae bocarriba, señal de mal agüero. “El Niño” se acerca confiado a “Rebuscado”, que agoniza junto a las tablas, a medio metro de la puerta de toriles. Su vida ha de concluir a treinta centímetros de donde salió al ruedo. El torero, después de darle unos pases para dejarlo en la mejor posición, pasa el estoque por encima de su cabeza y lo apunta hacia el morro del animal, mientras le deja el extremo de la muleta en la cara. El matador saborea el aire impregnado de sal, escucha el débil bufido de “Rebuscado” y siente cada grano de arena que cruje bajo sus pies. De un instante a otro, el torero atrasa la muleta, atrayendo al burel, al tiempo que adelanta la espada, para darle fin a la faena. Al llegar el momento justo en que el cuerpo de “El Niño” pasa sobre sus temibles astas, “Rebuscado” levanta la cabeza con violencia suficiente para coger al torero por el pecho. El corazón del hombre revienta al instante, atravesado por el pitón derecho de su enemigo. La arena se empapa de sangre bajo su cuerpo. Los subalternos alejan al asesino, mientras el personal de la plaza levanta los despojos para llevarlos a la enfermería, con la esperanza de salvar una vida que ya no es. Ramón Carazo, “El Niño de la Recherché”, ha muerto.

A pesar de las apariencias, la verdad es que *Los Portales de Tlaquepaque* no es una cantina tradicional, sino estereotípica. La diferencia más notable entre una cantina tradicional y una estereotípica es que en las cantinas tradicionales los comensales son servidos y consentidos con todo tipo de manjares por el mero hecho de pedir un trago. En *Los Portales* a duras penas te sonrían al pedirte la orden. Además, en las cantinas tradicionales no ponen el *Discovery* de Daft Punk, mucho menos sin saber lo que están poniendo. Eso sí, sus paredes y pilares están decorados con altísimos espejos que pretenden ampliar el espacio, pero que en realidad sólo logran el efecto de jeringar a los clientes, destruyendo el agradable efecto alienante del alcohol al obligarnos a mirar nuestros rostros, demacrados y ebrios, constantemente. Octavio y yo estamos frente a unas cañas de cerveza fresquita, el respiro entre *La India* y la *Dos Naciones*. En el espejo que está frente a mí puedo verme el rostro y la nuca de Octavio, lo mismo que él a mis espaldas.

Te machetearon el cabello mi hermano...

No jodas.

En serio, se va un poco a la...déjame ver...a la derecha.

Octavio me toquetea la nuca, para que sienta la diferencia de largos entre un lado y otro. En efecto, una ligera diagonal formada con mi propio cabello desdibuja mi hermoso cuello de cisne de frondoso plumaje (gracias Don Enrique González Martínez). Por supuesto, la noticia me cae como una pedrada en el cogote. Octavio no para de réfr. Yo pido dos cañas más. Lo del cabello no me hace nada de gracia, pero menos gracia me hace regresar a la sobriedad en este estado de frustración. A dos mesas de la nuestra, tres patanes sueltan una risotada. Volteo a verlos con mi mejor cara amenazante, seguro de que se están riendo de mí. Mis conclusiones al ver sus respectivos cortes de cabello son que o 1) son militares o 2) son albañiles o 3) son ambas. “Por supuesto – pienso – no tienen derecho a reírse de mí en su presente y lamentable condición estilística”. Alguien tiene que enseñarles una lección. Me levanto de la mesa. Octavio me ve, con su ceja arqueada por el sarcasmo.

¿Vas a decirles algo?

Sin quitarle los ojos de encima a las tres jarras de cervezas vacías que están sobre la mesa de los soldados/albañiles, respondo:

¿A quiénes?

Pues a esos güeyes.

¿Cómo para qué?

Pues no sé, parecía que ibas a armarla de tos.
¿Cómo crees? Voy a fumar, no tardo.

Ya en la calle, enciendo un cigarro. Mi pierna tiembla, como si tuviera vida propia. Quizás la tiene. Quizás posee una especie de alma distinta a la del resto de mi cuerpo. Quizás la filosofía clásica y la religión se equivocan y la verdad es que todas las partes del cuerpo tienen su propia alma. Quizás no soy más que un rompecabezas de voluntades dispares, condenado a ser un Frankenstein moral. Por eso, aunque mi cerebro dice “quédate y pelea”, mis piernas dicen “huye”. Claro, el temblor no es otra cosa que la excitación manifiesta de la voluntad satisfecha de mi pierna. Su danza de la victoria sobre el resto de mis órganos, por así decirlo. Un carcamán borracho sale tambaleándose de la Dos Naciones, como si lo hubiera escupido el mismo infierno. Después de pelearse un rato con el aire fresco, clava su turbida mirada en un servidor. Entonces, se acerca a mí con su paso vacilante, hasta que está al lado mío, girando como muñeca hawaiana.

Buenas noches caballero, disculpe que sea uno jodido (sic), ¿sería tan amable de regalarme un cigarro?

Me habla de perfil, probablemente por vergüenza. No vaya a ser que piense que es un teporocho. Le doy el cigarro y se lo enciendo.

Muchas gracias joven, que Dios lo bendiga.

¿A quién engaño? Yo no creo en el alma.

11

Estoy sentado en el único sillón de mi sala. Un sillón rojo espantoso que me heredé cuando conseguí emanciparme de la tutelar mirada de mis padres. Hoy es domingo otra vez. Ella nunca me respondió los mensajes, ni me devolvió las llamadas. Sencillamente desapareció. “Ni modo –me dije hace una semana– tendré que volver a la soledad de mi propia compañía”. En eso estoy ahora mismo. Bebo cerveza tras cerveza, fumo como tren y como pizza fría mientras veo *A Fish Called Wanda*. “Qué lástima, John Cleese se ha convertido –pienso– en una mera caricatura de sí mismo con el paso de los años”. Ah, el tiempo y su innegable facilidad para corromper lo que sea. Me entran ganas de saltar por la ventana. Mis deseos suicidas se intensifican cuando me hierve alcohol en la sangre. Un pedazo de mi cerebro decide que nos sale mucho más barato sublimar nuestro deseo suicida, transferirlo a un objeto ajeno a nosotros. Mejor aviento la vajilla entera, plato por plato y vaso por vaso.

A la mañana siguiente me asomo por la ventana. Estoy crudo. Me encuentro con mi desfiguro en la banqueta: una parodia malintencionada de lo peor de

Gaudí, mezclada con los vitrales que la abuela senil de mi mamá hace para regalarnos en Navidad (y eso es un eufemismo). Un barrendero pasa trabajosamente su escoba, retirando los trozos de cerámica y vidrio. He ahí mi legado: un desgraciado accidente, un suicidio frustrado y un pobre diablo levantando los pedazos.


12

Clarea. Octavio muerde un taco de tripa de *Los Dos Cocuyos*, mientras el taquero me sirve mi orden: dos de lengua y dos de tripa. Le exprimo una rodaja de limón a cada taco y listo. En esta taquería son tan buenos que no necesitan nada más. La tripa es crujiente y llena de pequeños paquetitos de grasa que inundan el paladar de sabor. La lengua es suave y generosa como corazón de bistec. Hasta después de darle la primera mordida a uno de los tacos de tripa, reparo en que Octavio tiene los ojos enrojecidos y los párpados amoratados. Observo la grasa, jugos y salsa que escurren de mi mano, todos esos hilillos de inmundicia acariciándome en esta hora de necesidad.

Octavio, ¿a qué estamos hoy?

Lunes, 6 de julio creo.

¿No era sábado?



A pesar del cansancio, los galones de cerveza, el estu-
por propio del trabajador dedicado y sin despegar la
punta del taco de su boca, Octavio vuelve a arquear
su ceja con sarcasmo.

No, ayer fue domingo, no viernes.
Tienes que amar esos tacos de lengua.



Postales de la ciudad vencida

Leopoldo Lezama

*Para Luis Téllez, célebre ciudadano
del Estado de México*



El centro del mundo

Alrededor del centro todo gravita, la ciudad se levanta sobre el agua quieta, es un templo cuya raíz nace del cristal huidizo, del cristal que sube temeroso para desplomarse en aire, de la planicie custodiada por vastas lagunas, una dulce, otra salada; la ciudad

se levanta sobre el agua quieta y el horizonte trepa interminables veces por riscos y montañas. La ciudad se levanta, adquiere su fisionomía enigmática hecha de distintos rostros: la imponente catedral, el templo en ruinas, el palacio de gobierno, la explanada solitaria. Y todo se suspende bajo una tonada triste, la ciudad quiere reventar en gritos su odio antiguo, pero se queda callada. La gran catedral guarda en la perfección de su forma los miembros mutilados de los dioses primeros, los restos de una civilización milenaria que quedó reducida a escombros bellamente esculpidos. Aquí los dioses nos quedaron mal, quisieron que fuéramos siempre los vencidos, dejaron que en nuestras costas desembarcaran asesinos. La ciudad decaída, la ciudad vencida por sucios ballesteros. En esta ciudad dicta el absurdo, nos ha sido fácil regalar las tierras: a nuestros hijos ofrecimos como esclavos y a las mujeres las arrojamos desnudas para que se divirtieran los conquistadores. Joyas de oro y de plomo, calzadas de plata, conchas, caracoles y plumas, piedras labradas, gallinas, perdices y palomas, agua limpia, conejos y venados, templos benditos, milagrosos herbolarios, carbón y barro, cañas de maíz, algodones de colores, miel y cera, altos magueyes, jarros y vasijas, todo les dimos. Por eso la ciudad no habla, está enojada, aquí los dioses no atienden a las danzas diurnas, los cascabeles se agitan en silencio, los danzantes brincan pero sus pies ya no hacen eco. Las calles de la ciudad

son rutas hacia el corazón del mundo, porque todas las cosas tienen un corazón, el aire, los árboles, las frutas, y el centro de la ciudad es el corazón del mundo. Ahí la plaza guarda un bullicio muerto, la bandera se alza altísima, ostenta sus colores que desentonan con la claridad del cielo. El águila se pasea alrededor del templo en llamas, la serpiente duerme al pie de los traidores; el lago inmóvil mira cómo la gran casa se derrumba por el temor del emperador cobarde. El centro del mundo fue gobernado por cobardes, por hombres que supieron que aquellos no eran dioses, y aún así les ofrecieron las riquezas, abrieron una zanja para que por ahí se fuera nuestra voz, dejando únicamente los cráneos pisoteados de los guerreros valientes, los que dudaron de quienes no quisieron beber sangre. El centro del mundo, la ciudad maldita, el origen vuelto caos acuoso, la matriz quebrada. El fuego crece, la tierra se quema, se funde, la ciudad es un hogar para el suplicio del creyente, porque lo único que nos dejaron fue la fe en el vacío y el temor a la muerte. El dios que nos trajeron no nos oye, cuida los peces de los ríos y las cosechas que se han de llevar los invasores. Desde aquí nace el cielo, crece como una enredadera lenta que sostiene a las estrellas, crece y hace que de su vientre nazcan nubes, y de las nubes caiga una lluvia infinita. El centro del mundo, la sangre vuelta ladrillo, los huesos palpitando en el campanario inmóvil; la ciudad espléndida es el ger-

men de una semilla mordisqueada, escupida. Por la noche sembraron veladoras a lo largo de la plaza, los fieles recordaron a sus muertos, encendieron muchas lucecitas para que las ánimas vieran el camino de regreso. Pero las ánimas no pudieron regresar, en el centro del mundo habían despedazado los puentes por donde se cruzaba la laguna, se quedaron en la orilla, nos dejaron solos.

1968: también los guerreros leen poesía

*En Tlatelolco resistieron, no guardaron su sangre
No le temieron a la muerte,
Voltearon hacia atrás, enfrente, hacia los lados
Con fuego en el vientre enfrentaron el vacío
Se armaron con gritos, con libros, con teorías
Salieron a la calle y los mataron
No le temían a la muerte
Hicieron de sus aulas cuarteles
Desterrados, un poco más arriba de las nubes andan de pie
Guardan un fragmento ineludible en nuestra historia
Por la noche llegarán los muertos y fumarán cigarros
En los pasillos y sobre los escalones cantarán poesías
Por la mañana la sangre la limpiarán con pipas
Pero habrá un páramo en la historia que no ya no secará
Que seguirá goteando
Ahí estarán, por la noche saldrán a cenar a las cafeterías
Contentos, distraídos, leerán los diarios*

*Saldrán un día otra vez a recorrer las calles mudas
Y si la muerte nunca los detuvo ahí estarán
Un poco más arriba de las nubes
Mirando cómo la tarde cae sobre nosotros
Como el tiempo desintegra los zapatos
Ahí estarán, trazando con su mano lúcida
el espacio por donde habrán de cruzar los hombres
cuando se encuentren tristes y cansados
Ahí estarán, inmóviles, sin prisa, sobre las baldosas
frías.*

*Poema pintado en la cafetería de la Facultad de
Filosofía y Letras de la UNAM, diciembre de 1968.*


Presagios: la ciudad rescatada

Las visiones lo despertaron a la mitad de la noche, se levantó asustado y con el corazón retumbando. El templo estaba en silencio y sólo se escuchaba el crujir del aire en las hojas de los árboles. Salió a la noche, la ciudad se encontraba dormida, las calles estaban vacías y en silencio. Recordó las extrañas visiones y las quiso relacionar con algo concreto, pero no sabía de qué se trataban esas escenas, esos guerreros. No podía explicárselo, pero la noche avanzaba y él dejó de pensar en sus sueños. Respiró el aire nocturno, volvió a su petate y se quedó dormido. Al otro día se levantó temprano para hacer sus actividades co-


tidianas; fue al mercado y compró algunas hierbas, volvió para preparar algunas soluciones que le habían pedido. Por la tarde llegó un hombre a ver al viejo para preguntarle sobre su futuro, quería saber si sus cosechas serían buenas. El viejo comió un puñado de hierbas, al poco rato entró en convulsiones y comenzó a decir palabras incomprensibles. Cuando se hubo recuperado dijo al hombre que tenía que hacer algunos rituales, pues los dioses no querían dar lluvia. El hombre agradeció el consejo y se fue contento. Al poco rato llegó una mujer que decía tener fuertes dolores en la cabeza; el viejo preguntó si había comido algo o tomado algo para la curación, y la mujer contestó que había comido raíces secas. Entonces el viejo colocó sus manos en la cabeza de la mujer, y comenzó a presionar fuerte dando un movimiento circular, como si estuviera sacando brillo a un cristal. Después de muchas horas de hacer movimientos sobre la cabeza de la mujer, ella se quedó dormida, y al despertar, el dolor se había ido. La mujer agradeció, dejó un costal de maíz en la puerta del templo y salió. Cuando el viejo se proponía salir al patio para preparar té, vio que ya había oscurecido, entonces se dirigió a su cama y dio unas plegarias a los dioses, hasta que se durmió de nuevo. Las visiones volvieron, ahora ya no era sólo un hombre vestido de metal, sino muchos de ellos que venían hacia la ciudad bajando por las grandes montañas. Vio que los hombres iban montados en bestias

increíbles, monstruos que jadeaban y se detenían a beber a la orilla de los ríos; vio también que junto a esos hombres venían muchos otros como nosotros, de nuestro color y con nuestras ropas, y todos venían con flechas, con escudos, con lanzas. De pronto despertó, tenía sudor en la frente. No pudo dormir más, pasó las horas en reflexión y preguntándose por el significado de los sueños. Pensó que podían ser visiones que carecían de todo sentido; pero pensó también que podían ser presagios de una guerra, de una catástrofe, porque eran hombres armados dirigiéndose a la ciudad. Entonces creyó que lo mejor sería calmarse y olvidar las visiones, ya que no podía alarmar a sus principales. Al otro día fue a la montaña a recoger pencas de maguey y algunas mazorcas secas. De regreso miró un horizonte limpio, la ciudad rodeada de agua, el gran templo, los canales, el lago, y más allá las grandes montañas cubiertas de nieve. Entonces recordó, los hombres bajando por las faldas de las montañas dirigiéndose hacia la ciudad, todos con la mirada al frente, todos con armas. No hizo caso y siguió cortando hierbas. Por la noche volvió a su casa, hambriento, cansado. Tomó un poco de té, comió de la mazorca, y no sintió el momento en que ya estaba dormido. Esa noche tuvo una pesadilla, primero vio a los hombres vestidos de metal discutir con el gran señor, luego vio guerra, a los suyos peleando contra ellos, y vio muertes, hombres decapitados, niños


asesinados, mujeres violadas, templos destruidos y la ciudad en llamas. Vio por último una señal, una fecha que coincidía con los días venideros. Entonces, al despertar, aterrado, unió la secuencia de sus sueños y entendió el mensaje de las visiones; no tuvo la menor duda de que se trataba de un mensaje funesto. Agitado, tomó su manto y salió corriendo hacia el gran templo para advertir a su señor. Al llegar, aún era de noche, los sirvientes del gran emperador se alarmaron al ver a aquél hombre tan turbado. El viejo explicó que tenía que hablar con urgencia con el gran señor, pues ocurrirían graves cosas. Los sirvientes, aunque conocían la fama del sabio, se negaron a dejarlo pasar, creyéndole loco. El viejo comenzó a desesperarse, gritó; el gran señor, que estaba despierto, oyó los ruidos y salió al balcón. Preguntó a sus fieles sobre lo que sucedía y entonces se escuchó la voz del viejo, gritando que tenía algo muy importante que decirle, que se trataba de guerras y de enemigos que pronto vendrían. El gran señor, que bien conocía al sabio, lo hizo subir. Ya estando en el salón principal, el gran señor le pidió al viejo que dijera todo lo que sabía, lo de las guerras y los enemigos. Entonces, detenidamente y con mucho detalle, comenzó a contar sus sueños, los hombres de metal venían sobre bestias acercándose a la ciudad, venían armados y acompañados de miles de enemigos. El gran señor se tornó muy serio y muy pensativo; se levantó del



sillón, caminó por la sala, y luego pidió al hombre que detallara más sus sueños. El sabio dijo que también habría pelea de ellos contra los nuestros, y dijo que habría muertos, y crímenes y ultrajes, y que además, había visto los templos derrumbados y la ciudad en llamas. Dijo por último que eso sucedería pronto, en unos pocos días. El emperador llevó las manos al rostro, quedando mucho tiempo así, en silencio. No sabía qué creer, pero conocía la fama de aquel hombre y sus virtudes como guía y visionario. Entonces, el gran señor llamó a sus sirvientes, quienes ya habían empezado a dar voces de las visiones del sabio, y les dijo que llamaran a todos los principales de la ciudad, y a los de los pueblos aliados.



Por la mañana fueron llegando los principales, siguieron llegando en el transcurso del día. Por la noche estaban reunidos todos los allegados al emperador. El gran tlatoani les habló de lo sucedido, relató los sueños del sabio, dijo también que los presagios sucederían en los siguientes días por lo que era necesario hacer algo urgente. Los principales quedaron atónitos, convencidos de lo que les había dicho su señor. Enseguida corrieron a sus tierras para avisar a la gente de lo que ocurriría. El emperador platicó todo ese día con otros principales, con otros sabios, con gente de guerra y mandó muchos mensajes a los pueblos vecinos. Por la mañana ya había miles de guerreros en la explanada



del templo esperando órdenes, ya estaba la gente avisada y se esperaban con enorme expectativa las horas venideras. Se unió mucha más gente, y de acuerdo con las visiones del sabio, la orden fue aguardar tras las montañas para tomarlos por sorpresa. Se fueron uniando más hasta llegar la madrugada. Al amanecer, un hombre cruzó corriendo la ciudad vacía, llegaba de las costas con un mensaje para el gran emperador: *unas barcas grandes, como cerros, habían anclado en tierra firme, y en ellas habían llegado unos hombres extraños, con vestiduras de metal y grandes bestias, todos habían quedado sorprendidos y les habían dado regalos, pues habían dicho que eran dioses. Ellos habían recibido con gusto los regalos y pensaban adentrarse en nuestras tierras, con intenciones de venir a visitar, aquí, al gran tlatoani...*

Epílogo: Festejos

200 años y nada se ha ganado, nada hay que celebrar; los invasores no se han ido y nuestros hombres siguen siendo castigados. Y de nuestra herencia: un negro desembarcó en Veracruz junto con 500 españoles: el negro desató una epidemia que dejó miles de muertes; los españoles redujeron a polvo la más grande cultura de América; en 1823 los cráneos de Hidalgo, Allende, Aldama, Mina, Vicario y compañía, iban tirados por mulas por el Paseo de la Reforma para ser depositados en la catedral metropolitana,

donde habían sido excomulgados; Guadalupe Victoria murió de complicaciones cardiacas, poco antes tuvo alucinaciones donde veía a la patria como una escena de terror; en 1910, el centenario de la Independencia se iluminó con medio millón de focos porfirianos, la ciudad se vistió de progreso, en el campo los hombres se morían de hambres. La patria es centralista: a la ciudad la viste de luces y al campo lo deja dormir encuerado, a oscuras y sin cenar. Obregón comía en *La Bombilla* cuando, tardíamente, fue batido por un falso caricaturista; los hermanos Casasola capturaron la memoria revolucionaria aunque estaban en contra de los insurrectos; a Zapata le dijeron que le iban a surtir de parque en la hacienda de Chinameca el 10 de abril de 1919, pero no le dijeron que se lo iban a dar suministrado en su propio cuerpo; un médico de Cuautla lo inyectó para que fuera exhibido, los fieles del *Atila del sur* no perdieron la oportunidad de retratarse con el cadáver de su líder. Pero sólo eso: un cadáver. Años antes, sin saber para qué, se había sentado con Villa en la silla presidencial, y sus soldados habían desayunado en el Sanborns de los azulejos. No se puede decir que no hubo logros. Allá en Morelos, en el Hotel Moctezuma, Zapata había sido retratado por un alemán como un guerrero invencible, pero todos sabemos que Moctezuma ni fue guerrero, ni mucho menos invencible. Al caudillo no le ayudaba la historia. Pancho Villa también fue traicionado,

ahí está la foto que lo exhibe con el cuerpo agujerado por los 150 balazos que recibió su Dodge; por si fuera poco, el chacal Luis Echeverría, para limpiar sus crímenes, mandó traer de Parral el cadáver sin cabeza del Centauro del Norte para enterrarlo en el monumento a la Revolución, junto a uno de los grandes enemigos del villismo: Plutarco Elías Calles. Por suerte, el cadáver era de una señora que había muerto de cáncer. A pesar de todo, no cabe la menor duda de que alguien propondrá algún día, que los huesos de Carlos Salinas de Gortari reposen en el *Ángel de la Independencia* junto a los héroes insurgentes, pues ya se lo ganó, ya dio en concesión la otra mitad del territorio nacional. Ahora sí somos libres.

800 mil muertos en la guerra de Independencia, 2 millones de kilómetros cuadrados perdidos frente al país del norte, 10 años de Revolución, 2 millones de muertos, 200 mil emigrados en 1910, 200 años de saqueo, miseria y genocidio, pero la ciudad se extiende impecable. Viajero, has llegado a la región más explotable del aire y también de la tierra, ahora son otros los dioses los que se pelean por nuestra fe: a un costado de la catedral, una tienda *Oxxo* acecha amenazante.

¡Viva la Independencia!

¡Vivan los héroes que nos dieron patria!

¡Viva la Revolución!

¡Viva México cabrones!

La sugerencia...

Conrado Zepeda

A Guevarita, tadeíta y torrente sin pausa



*Aunque a veces parezca por la sonoridad del castellano
que todavía los versos andan de
acuerdo con la métrica:
aunque parta de ella y la atesore y la saquee,
lo mejor que se ha escrito en el medio siglo último
poco tiene en común con La Poesía, llamada así
por académicos y preceptistas de otro tiempo.
Entonces debe plantearse a la asamblea
una redefinición que amplíe los límites
(si aún existen límites);
algún vocablo menos frecuentado por el
invencible desafío de los clásicos.
Un nombre, cualquier término (se aceptan sugerencias)
que evite las sorpresas y cóleras de quienes
-tan razonablemente- leen un poema y dicen:
“Esto ya no es poesía.”
José E. Pacheco*

Ucrónica I: lo barato sale gratis

Transportarse en la ciudad de México es muy barato. Podemos recorrer más de 200 km por tan sólo dos pesos. Ahora subterráneas, las vías originalmente aztecas han sido la fuente inspiradora de casi todas las líneas del metro. Tal es el caso de lo que será la línea 12, llamada línea dorada por su relación con el festejo del bicentenario de nuestra independencia. El sistema de transporte colectivo “metro” es muy barato; las sincronías,

absolutamente gratuitas. San Judas Tadeo, artesanías, expresiones corporales, demencias artísticas, basura, la sensibilidad histórico-colectiva del sistema, los chavos, las diferencias, la danza, la memoria, la fotografía, los animales, la ciencia, la crisis; todos pueden ser motivo de una exposición en los pasillos del metro. Las miradas, los atropellos, el desenfreno, la ira, la neta, los ligues, la monstruosidad, un pleito, un robo, la fayuca, un chale, un chido, un güey, una súper-buena-onda, un naco, una fresita, un bomboncito, un me-prestas, un suicidio, la poesía, la incomodidad, el sudor, un arrimón, una cruda, el descanso, la musiquita, el calor insoportable, un ciego con harta tecnología, el último vagón, el cebollazo, el channelazo, un actor de incógnito, la raza, la prole, el hoy-no-circula, las-buenas-costumbres, “nosotros-que-nos-queremos-tanto-que-desde-que-nos-vimos-amándonos-estamos”, un le-vale-le-cuesta (teoría exquisita de carácter onto-económico), “no-es-falta-de-cariño-te-quiero-con-el-alma... y por *mi* bien te digo adiós”. La sincronía, compadres, es absolutamente barata. Me une al metro un barato amor: testimonio de voces literarias otrora humanas.

Ucrónica II: camino o estorbo

Otro trueno. Otro fruto divide el mar del paraíso.
Otra tierra, otra sombra, otro presente. Nada nos parece. Nada te parece. Nada me parece. Otra lengua:

fiel llanura de objetos. Otra prisión: mar de espumas y de piedras. Otra desesperación: espejito irrisorio. Avanzo porque si no me pegarán, me tirarán, me empujarán y seré de ellos: masa cercenada. Y flotaré como un anfibio en las ondas. El metro es el metro porque aunque me quede como cuarenta minutos esperando subir, o quince entre estación y estación, siempre llego. La velocidad, su velocidad, me hace flotar. Puedo ser mujer y hombre sin pensar dos veces. Puedo vivir tranquilamente; sin la presión de los kilómetros de tranquilidad de Puebla. Con espasmos de asfixia me interrogo. ¿A quién busco? Hierve el estruendo de este mundo en tus ojos de sábila. Sibila ¿? silbante porque nada te parece. Me adivinas el brote. ¿Cuál camino transita quien antes fui y aunque tenga mi nombre ya no soy yo? Hoy soy menos puto porque hoy sí tengo una señal. Por ahora espero a que escampe para escampar de nuevo de este mundo. Letras y calles de letras son nada, Hola, soy Sebastián. Hola, soy Esteban. Yo morí a flechazos. Ah, yo morí a pedradas. Y soy un niño pero ya me pregunto: ¿Dios creó a los cerdos para ser devorados? Así tenía que ser porque no tenemos cabida más que en el metro y sus silogismos y todo ese jazz y todo ese hombre que, si es letra, no es hombre y que si es nota, no es hombre, ergo ningún hombre es poesía. En esta ciudad sí hay permisos, aunque lo que entre sangre y de la sangre brota no es bello ciertamente. Así que Sebastián afirma que ningún estado debe

reconocer a golpistas. Replico que los *corfantunas* aun siendo golpistas, viven en los árboles. Mi padre oyó hablar de ellos en Coyoacán y los definió como *ruidosos pajarracos de majestuoso porte de ambientes malsanos*. Ciertamente en mi casa hubo muchos hábitos malsanos que tarde o temprano los encontraría repetidos en las calles de México, y no importarían la delegación ni sus delegados. Fue en septiembre de 2001 cuando la encontramos inevitablemente delegada y sin danzón ni longanimidad poquiánchi; la miramos solamente con una boca en el micrófono y la otra en las nieves. Era maría infanta dentro de un nicho vítreo único y cursí. Y nuestra María Rojo, la que tanto admiramos, es ahora delegada del lugar donde Tablada empezó a *haikusear* el mundo. Durante casi dos siglos, la fiesta de la divina infantita nos llevó del centro de la ciudad a Coyoacán, del catolicismo a la iglesia anglicana y de la costumbre al origen. Seguimos probando las nieves; Sebastián nunca supo que los coyotes eran los dueños de María, nuestra María Rojo.

Ucrónica III: 1969-1984

La rosa. Comenzaba la vida en Pantitlán y continuaba en Observatorio. Pantitlán: canoa reventada por el viento sin banderas de paz es el olvido; Zaragoza: bahía del espíritu paráclito es la memoria; Gómez Farías: me

expreso libremente es la paciencia; Boulevard Puerto Aéreo: vuelo a la espera de un nuevo amanecer es la crudita; Balbuena: las alas de tu altivo pensamiento es la poesía; Moctezuma: esplendor sin defensa es la traición; San Lázaro: demolición del pasado es el rencor; Candelaria: mercado de patos es impudor; Merced: un guacal con manzanas es un rosario; Pino Suárez: si te miro me sigues es tiranía; Isabel la Católica: un chichifo con suerte es elegancia; Salto del Agua: me mojas y quiero es el destino; Balderas: si me salgo contigo es mi ganancia; Cuauhtémoc: cuanto más te deseo más me alejo es democracia; Insurgentes: te atravieso de norte a sur es longanimidad; Sevilla: no te bajes sin mí es arrastrarse; Chapultepec: si te hablo en silencio llévame al cerro; Juanacatlán: hilos de agua y aceite es un masaje; Tacubaya: de soslayo me miras es que eres alto; Observatorio: me gustaste y te gusto es libertad.

Ucrónica IV: Volver

Hace poco, un árbol de esos que le recuerdan a uno que hay evolución, mató a una niña en el zócalo de mi ciudad. En seguida fueron podados cientos de ellos. Los árboles son siempre asesinos en potencia y de esto los señores alcaldes deben sacar provecho. *No'más se veía cómo caían las ramas y eso que sólo fue*

una niña. Para un poblano, preguntarse por estas cuestiones es *paz en la guerra.* Desde la ciudad de México, el mismo poblano proyectaría sus conocimientos *bien programados para perpetuarse.* Sólo lo que es monumento debe ser protegido y tanto los árboles como los recuerdos sólo *nacen para ser cortados.* Los hombres buscamos la madrugada cuando son las seis de la tarde. Las calles de México han sido un espejismo de árboles trancos, caídos o resembrados. En la calle de Génova, la señora Jacinta Sitagapachi vende rosas azules, su hijo Jesús otea a los extranjeros *por encima de sus olvidados semejantes.* El árbol se menea y abarquilla su mirada. Jacinta y Jesús llegaron de Chihuahua después de la *somanta que me dio el cabrón de mi padre.* Escuché atentamente al árbol y a Jesús. *Sí pues, aunque me digan por aquí que soy senomi towiki mi orgullo es ser bien fijado y pues además a mí me gustan altos y que sepa por lo menos que son hijos de karunti gawichi. Y ¿qué soñaste wey? A poco me vas a decir que no quieres también un hombre hombre.* Otrora la hacienda de la teja, hoy la Zona Rosa es una ronda rumorosa de todas lenguas, posibles, mexicanas y extranjeras. Sólo en este lugar, y sin estar nunca antes en Chihuahua, escuché de viva voz rarámuri, ñañú y mexicano. *Kuwí, quihui y cuauitl,* árbol respectivamente, sólo las escuché por vez primera en Zona Rosa: cosmopolita y amante de las marginaciones por omisión, convicción o ignorancia. El andar de árboles

mochados por la incuria o por el peligro representa lenguas, también mochadas (y no es igual en Puebla) pues la Zona Rosa es *un sauce de cristal, un chopo de agua, un alto surtidor que el viento arquea, un árbol bien plantado mas danzante, un caminar de río que se curva, avanza, retrocede, da un rodeo y llega siempre...* Volví de todos modos a la estación Insurgentes sin Jesús ni su madre.

Ucrónica V: Quédate siempre en el mismo lugar

Llueve muchísimo. Estoy solo desde que comenzó el día. Recuerdo entonces a San Juan que me acompaña solapado: *Entréme donde no supe / y quedéme no sabiendo, / toda ciencia trascendiendo / yo no supe dónde entraba, / pero, cuando allí me vi, / sin saber dónde me estaba, / grandes cosas entendí; / no diré lo que sentí / que me quedé no sabiendo / [...]Estaba tan embebido / tan absorto y ajenado / que se quedó sin sentido / de todo sentir privado; / y el espíritu dotado / de un entender no entendiendo (...)* No transcurre el tiempo en silencio. No me han dejado de perseguir los hombres del día. No han dejado de bailarme alrededor del asiento A-D-O rumbo a México. Solicito palabras a *La Biblia: Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia...*, a la televisión: *...así que ya lo saben*

famosos, los estamos observando..., a Tomás Segovia: *Mis besos lloverán sobre tu boca oceánica / primero uno a uno como una hilera de gruesas gotas / anchas gotas dulces cuando empieza la lluvia / que revientan como claveles de sombra...* Ya regreso y ese ruido de afuera, un “tan tan tan tan” me aturde. El “tan tan tan” comienza a significar algo en mis huellas sonoras: no son clavos clavándose, no son camas meciéndose de cogorzas, no son dedos nerviosos que buscan eludir al de enfrente. Son recuerdos de estos edificios. Son sonoros recuerdos de las paredes testigos de lluvias, de arenas, de pleitos maritales. Lluve y nadie me besa. Esta otra agua no es mía, aunque alguna vez la haya respirado. En el boulevard Puerto Aéreo y su estación, *suenan el silencio*. La abuela, torpe y macilenta le grita a otro nieto que regrese, que no la suelte de la mano, *Que venga rápido, “¡Ismael, Ismael!”* Los niños aprenden a extraviarse en el metro; después de dos o tres horas serán recuperados por sus padres, siempre y cuando permanezcan en el mismo lugar, pues en cualquier estación, vagón, calle o esquina, *no somos ciudadanos de este mundo sino pasajeros en tránsito por la tierra prodigiosa e intolerable*. Ya en el hotel *Buenos Aires*, me tranquiliza saber que la misma anciana del metro vende memelas de requesón con nopales y har-to chile en la Motolinía (poblanizador); y que su nieto le eche la mano me encanta.

Ucrónica VI: Ojos de piedra

Somos nuestros pendientes. Sábado por la noche y las piernas casi trémulas, imparables, débiles, se dejan llevar para ir al antro. Tengo mucha hambre. Lástima que doña Maura no está a esta hora, si no me zampaba un par de esquites. Está David tan presente con sus caras antiguas y futuras. Todos los nombres están en él: Carlos, Adrián, Adonis, Axel, René. David viene, coge, platica un rato de sus vivencias, de sus reflexiones mediocres sobre la vida y el cine y se va. Mi habitación huele a película pornográfica, a revistas leídas por trailers antes de pasar por algún barrio de putas. A pesar de todo, mis dedos siguen vivos, *ávidos*, decía ayer Cristina Pacheco. Las gotas que caen en el techo me pervierten las manos. Las gotas que son las mismas del río –entubado– Churubusco. Agua *petrificada petrificante*. Las gotas son salvación o muerte. Los reos de Lecumberri se volvieron locos después de recibir mil tempestades gota por gota. Ya regreso. Los Ángeles y Jack Kerouac nos une, *tenochtitlan beatneak*. *My beloved who wills not to love me: / My life which cannot love me: / I seduce both. / She with my round kisses... / (In the smile of my beloved the approbation of the cosmos) / Life is my art... (Shield before death) / Thus without sanction I live. / (What unhappy theodicy!) / One knows not- / One desires- / Which is the sum*. No es una obra de beneficencia divina que uno esté más cerca que el otro de mí, de nosotros. En

Cuetlaxcoapan la lluvia ha cesado. Todavía no escampa pero ya la madera rechina. La gota que cae en el techo no para, no cesa, no abdica. El reino del agua comenzó hace miles de años. El fuego resiste. La espalda se rompe y se astilla el cerebro. Abro los ojos. Todavía siento la caricia de alas de garza en mi pierna. Soñé que estaba viendo la televisión y que un hombre venía a visitarme. Eran sus palabras el silencio del placer que retorció mis nervaduras. Los antros están a reventar. Los *cabaretitos* y las cantinitas son lugares sagrados, ahí te miro bailar *frente a la tarde de salitre y piedra armada de navajas invisibles... escribes en mi piel... busco el agua y en tus ojos no hay agua, son de piedra.*

Ucrónica VII: asientos de machos

Cerveza adulterada o no, las cantinas del Centro son la neta. *La Peninsular, El Gallo de Oro, el Salón Corona, el Tío Pepe, el Alfonso, La Ópera y el Salón España.* Aunque casi no hay gente de *ambiente* en sus sillas, siempre hay un hombre generoso que quiera pasar la tarde con un joven que parece joven aunque provinciano. Calles de México de estudios de estudiantes de la u-n-a-m que los otros no saben no dicen no piensan de perredistas que los otros no saben no dicen no piensan de guadalupanos que los otros no saben no dicen no piensan. La mitad de la población defaña nos da (a los poblanos) muestras de emancipación intelectual “bendito sea dios”.

Ucrónica VIII: Fuga

Camino. Huyo del caldo de pasión del Zócalo. Es tarde. El choque de miradas preciso, ataúdesco, dantesco. Aún veo a Juan Gabriel y a la Tariácuri atrás de mí; yo conversando y bebiendo cerveza oscura michelada con Lezama, Nagore, Téllez, Paniagua, Astorga, Trejo y Esperanza (no recuerdo su apellido), la soprano: *Es un pecado un talento sin expresión*. Me doy cuenta de que Andrés y Jorge me siguen. Nos miramos y lo saludo. Andrés cree que a él también. Me invitan a tomar un refresco. Acepto. La coincidencia: es amigo de Gustavo Sainz y de Luis Zapata. Y no sólo eso: *Hasta hace quince días, Luis era mi mejor amigo*, dice Jorge. No es que no confíe en mi talento sexual, no quiero nada. Pienso en nadie, me pesa el cuerpo con todas sus formaciones de roca, Es que en las mañanas me duele el estómago, me ha pasado siempre.

Ucrónica IX: Advertencia académica

Los ritmos exquisitos los hallé en el metro. Música mambara por diez pesos; una colección de las hermanas Águila por quince baros; Liliana, Eugenia y Astrid por diez de marmaja limpia; una franela roja con vidrios rotos y las espaldas sanguinolentas que se juntan. *La vez que quise ser bueno en la cara se me rieron*. Sigo escuchando a mi Liliana, a mi madre Pita y a mi

hermana Carmen (Salinas) Mondragón olin yoliz-
tli Carmen. Aprendo que en esta vida hay que estar
presente aunque no me quiera levantar. Dios provee
cuando decides levantarte del camastro pletórico de
células muertas. Prometo regresar a México. Llego.
La distancia es larga y debo ser paciente con ella.
En el boulevard Puerto Aéreo encuentro a mi madre
niña: ejemplares facsímiles de la revista *Rarotonga*
de Yolanda Vargas Dulché. Día de tango tangachos
tanchidos tangólotl día de tango de tangos de Felipe
Liliana Felipe aparecida y madre de las desaparecidas
prestidigitadora de los dedos muriendo de deseo ren-
corosa vieja valiente traidora vida maga de delicias
sexoamorosas *rencor yo quiero volver me amarga la vida
como una condena que inunda mi pecho de rabia y de hiel
la odian mis labios porque la besaron y es tan grande mi
odio como fue mi amor rencor mi viejo rencor no quiero
vivir esta pena sin fin si ya me he muerto una vez porque
llevaré la muerte en mi ser ya sé que no tiene perdón ya sé
que fue vil y cruel su traición mi viejo rencor déjame vivir
dios quiera que pueda echarle encima mi rencor y por una
duda que me escarba el pecho rencor tengo miedo de que
seas amor.* Los dedos se entumen y consumen. Hoy es
día de baile. De nuevo a ponerse al tiro, mijito. Hay
un silencio en el umbral de las puertas de las casas
de Santa María la Ribera: los otros que viven en mí
y que se confirma por las telarañas y la mugre de
la entrada. Hay un silencio en el que he rezado mis
plegarias. Mis dolores de estómago por el exceso de

sustancias químicas imitadoras de picante. Mis dolores de cabeza. Sebas, ya cállate, ¿que no ves que el Teresita está hirviendo de mayates? Carne de piernas ridículas de un mundo *inexpresablemente valioso porque todo es efímero y jamás se repite*. Hay quien dice (don Xavier Ibinarri Meza) que los lugares donde llegaron (*los maricones*) se convirtieron en *una autopista de cemento fúnebre*. ¿Dónde quedaron entonces los cines, baños, parques y calles donde se ligaba sin problemas? Ya estará en nuestras manos un ejemplar de la investigación de aquellos sitios que eran decentes.

Ucrónica X: Taxonomía cuetlaxcoapaneca

Doña Tatiana Svoboda Tamaral, casada y digna, es habitante de Coyoacán. Háblome de todas sus vecinas poblanas: las conservadoras, las divertidas, las amaestradas, las talentosas, las amargas, las *nice* y por supuesto las *antinice*. En lo que siempre coincidimos es que para ellas, el mundo coyoacánense no es chilango, es más bien, peregrino. Apellidos muy bien identificados por vascos, y por ende poblanos, se han concentrado en ciertos lugares, no sólo existen personas de origen poblano (desparejo) *nice*, también hay *harta gente de veras bien naca*. De esa gente, doña Tatiana es una docta mujer, pues ha sabido reconocer en sus vecinas que *los muros relatan sus historias indescifrables*. Centenares de personas *cool* en Puebla siguen

en contacto con Chilangolandía porque aunque *nunca vivirían en ella* nos sigue pareciendo *magia de espejos*. La lucha en la ciudad de México parece ser la misma para un poblano desprevenido pues *no deja huellas en la oscuridad*, sólo la atrasa. Avanza el momento en el que deben las palabras llamar a los hombres de los estados libres y soberanos de la República Mexicana. Aun cuando se publican cientos de libros en nuestras universidades públicas que no son la u-n-a-m-, *la miseria que llamamos historia* sigue escribiéndose en *la ciudad que a su modo inerte es también un producto de los volcanes*.

Ucrónica XI: *Too much!*

Abrir los ojos. Aún no hay mundo. Cerrarlos. And when you rise in the morning you will find what i tell you is so.

Índice

Absurda es la materia. Crónicas del caos citadino. Luis Téllez Tejeda	7
<i>Los sucesos</i>	
El caos y el sonidero: Café Tacuba en el Zócalo Rodrigo Martínez	15
La destrucción de un traje Karen Chacek	27
Hallazgo en La Pirámide. Una crónica literaria Aurelio Meza	39
<i>La memoria</i>	
Un jueves soleado Víctor Cabrera	57
Estas calles, una última caminata Pável Granados	65
El desorden interior. La Ribera de San Cosme Julio César Toledo	79

Las calles

El Agujero de los Asalariados

Ramón Carazo 97

Postales de la ciudad vencida

Leopoldo Lezama 117

La sugerencia...

Conrado Zepeda 129

Imágenes

© Alejandro Meléndez Ortíz

p. 7 Atenco concierto 07 • p.13 México violencia 3 • p. 15 vive latino 45 • p. 27 vida cotidiana • p. 39 Marcha 10/07. • p.55 Frida Ofelia 28. • p. 57 Vida cotidiana 02 • p.65 Vida cotidiana 01 • p.79 Marcha ISSTE 07. • p.95 Reparación de Calle • p.97 México Subcomante (27) • p. 117 plantón Peje 13 • p.129 Fiesta Cultural 06.

Esta obra se terminó de imprimir en agosto de 2009,
en los talleres Fagalo Editores.
Impresor Felipe García, Balakán Mz.2, Lte.5,
col. Héroes de Padierna, CP. 14200, México D.F
con un tiraje de 1000 ejemplares.